

13045

Marro 130/41

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA COMEDIA DE LA VIDA,

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

MADRID:
OFICINAS: PEZ, 40,
1871.

CÁTALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

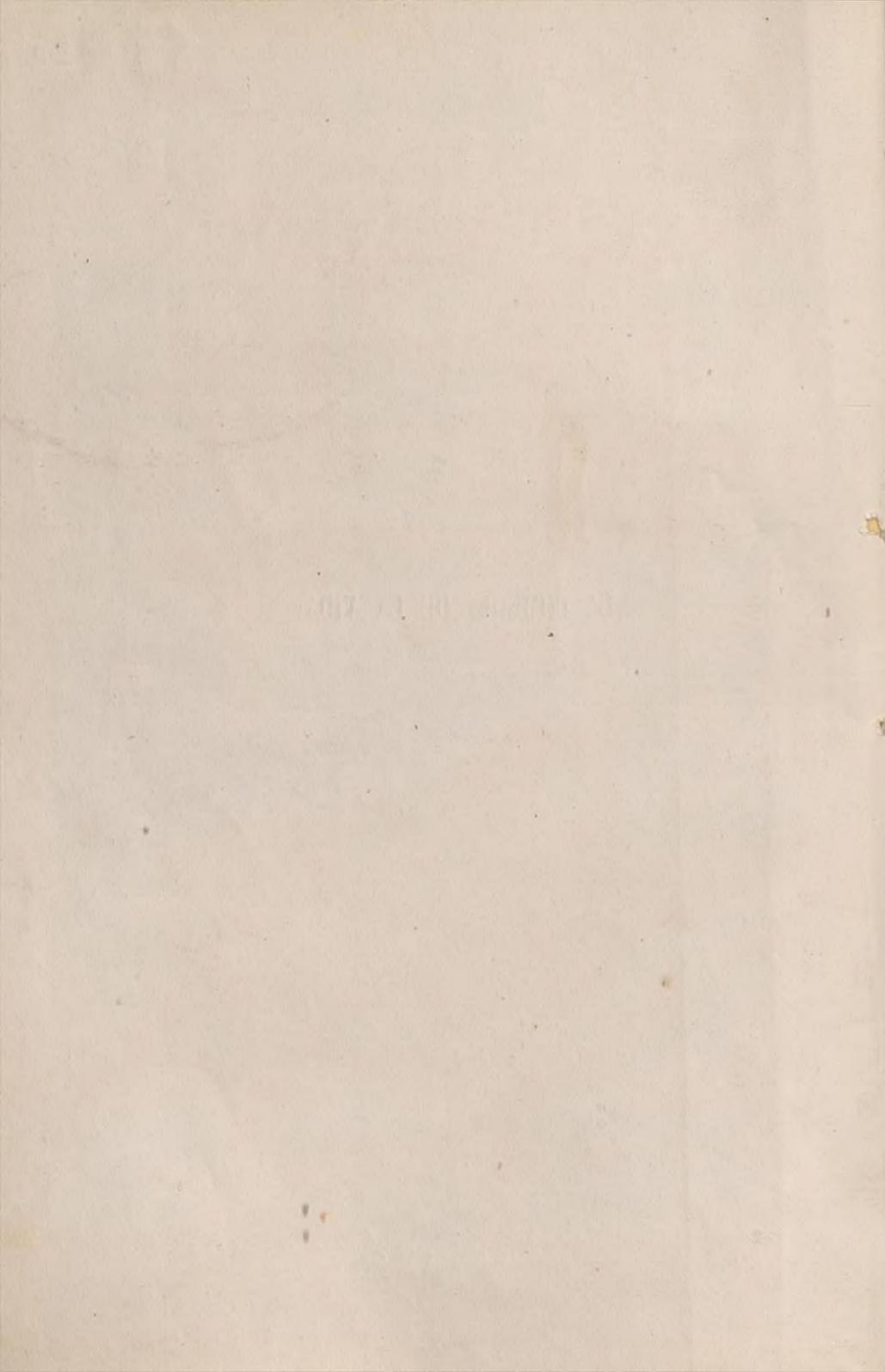
- Al cabo de los años mil.
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegación y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor saador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.
Achaques matrimoniales.
Andarse por las ramas.
A pan y agua.
Al Africa.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*.
Batalla de reinas.
Berta la flamenco.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.
Bien vengas mal si vienes solo.
Bondades y desventuras.
Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Como se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contraste s.
Catilina.
Cárlas IX y los Hugonotes.
Carniol.
Candidito.
Caprichos del corazon.
Con canas y polleando.
Gulpa y castigo.
Crisis matrimonial.
Cristóbal Colon.
Corregir al que yerra.
Clementina.
Con la música á otra parte.
para y cruz.
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...
D. José, Pepe y Pepito.
Dos mirlos blancos.
Deudas de la honr
De la mano á la boca.
Doble emboscada.
El amor y la moda.
Está loca!
- En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filantropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el mirinaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Ea un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragón.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afán de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada día.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español en las costas africanas.
El conde de Monteiristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.
El último pichon.
El literato por fuerza.
El alma en un hilo.
El alcalde de Pedroñeras.
Egoísmo y honradez.
El honor de la familia.
El hijo del ahorcado.
El dinero.
El robado.
El Diablo.
El Arte de ser feliz.
El que no la corre antes...
El loco por fuerza.
El soplo del diablo.
El pastelero de Paris.
Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
Francisco Pizarro.
Fé en Dios.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el
- ahijado de todo el mundo.
Gémo y figura.
Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspedea
Herencia de lágrimas.
Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Medicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.
Intrigas de foador.
Ilusiones de la vida.
Jaime el Barbuco.
Juan Sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los nerviosos.
Los amantes de Chfnclon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofofia.
La cuenta del zapatero
Los quid pro quos.
La Torre de Londres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Bravo
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La Madre de San Fernando.
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor...
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La Libertad de Florencia.
La Archidulesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Caridad.
La niña Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (alegoria).
La calle de la Montera
Los pecados de los padres.
Los niñoses.
Los moros del Riff.

447-5953

89-6

LA COMEDIA DE LA VIDA.

José Rodríguez



LA COMEDIA DE LA VIDA,

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

POR

DON ANTONIO HURTADÓ.

Representada por primera vez en el Teatro Español, el día 14 de
Febrero de 1871.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1871.

PERSONAJES.

ACTORES.

JULIA.....	STA. BOLDUN.
LUISA.....	STA. LOMBIA.
PEPITO.....	SR. CATALINA.
DON AMALIO.....	SR. FERNANDEZ (D. M).
DON MANUEL.....	SR. OLTRA.
DON FELIPE.....	SR. IBAÑEZ.
ADRIAN.....	SR. MARTINEZ.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con que haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de las Galerias Dramáticas y Líricas de los *Sres. Cullon e Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representación y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Gabinete amueblado con lujo.

ESCENA PRIMERA.

LUISA y ADRIAN.

- LUISA. Acabas de arreglar esa chimenea? ¡Aún ha de llegar el amo y ha de estar el gabinete por arreglar!
- ADRIAN. Ea!... calla!... en empezando á gruñir, es cosa que no sabes cuando dejarlo.
- LUISA. ¿Llevaste la carta que ayer nos remitió el amo para don Felipe?
- ADRIAN. Pues ya se ve que sí. Como que el amo quiere hablarle así que llegue!
- LUISA. Y ya son las diez!... Es decir que hace media hora que habrá llegado el tren, y que el amo debe llamar de un momento á otro.
- ADRIAN. Demonio de chimenea! (Suena un campanillazo.)
- LUISA. Ahí está el amo!
- ADRIAN. Ya se conoce en el modo de llamar! Anda y abre.
- LUISA. Por supuesto!... Abre tú.
- ADRIAN. Pero mujer!... ¿quieres que deje la chimenea sin encender?

- LUISA. Pues hijo, yo no puedo abandonar la cocina. Acaso querrá almorzar en seguida!... (Otro campanillazo.)
- ADRIAN. Claro! y el modo de cuidar de sus chuletas es venirs e aquí á darle al plumero y á la sin-hueso con la criada de al lado!...
- LUISA. Sí... ya me extrañaba yo que no saliera la criada á relucir! (Repica la campanilla fuertemente.)
- ADRIAN. Atiza, hijo, atiza! (Levantándose de la chimenea.) ¡Con la cabeza!...
- LUISA. Allá voy!... allá voy! (Van á salir los dos y se detienen.)
- ADRIAN. Ah, vamos!... si vas tú...
- LUISA. No!... yo creía que tú...
- ADRIAN. Pues anda, hija, anda...
- LUISA. No; ¿para qué? Ya que estás en camino... (Otro repique más prolongado.)
- ADRIAN. Canario!... mal humor trae!
- LUISA. Hoy nos echa de la casa!
- ADRIAN. Si yo fuera que él, lo que es tú no me parabas en casa un minuto.
- LUISA. Pues mira que por lo vivo te se puede querer á tí!... (La campanilla no deja de sonar.)
- LOS DOS. (Salen vivamente.) Allá voy!... allá voy!

ESCENA II.

Después de un momento DICHOS, D. AMALIO, en traje de camino y un baulito de mano.

- AMALIO. Tunantes!... Sabe Dios lo que estariais haciendo!...
- ADRIAN. Yo estaba soplando la...
- AMALIO. No necesito saber lo que soplabas.
- LUISA. Yo sacudía... el...
- AMALIO. Pues vaya usted á sacudir al demonio!... Ambos á la calle!...
- ADRIAN. Pero, señor!... (Quitándole el baulillo y el carrik de los hombros.)
- LUISA. Pero, señorito!... si yo, con el cuidado...
- AMALIO. Nada!... á la calle ahora mismo!...

- LUISA. (Medio Horosa á Adrian.) No ves?... Tú tienes la culpa!
- ADRIAN. Eso es!... yo!... Cuando eras tú la que...
- AMALIO. No: si no teneis que disculparos: uno por otro y la casa por barrer!...
- LUISA. No señor; eso no! lo que es la casa está más limpia...
- AMALIO. Basta!... ¿Qué me importa que la casa esté limpia, si á mí se me deja de esta manera en la calle?
- ADRIAN. Y hemos de irnos sin saludar á la señorita!...
- LUISA. (Sollozando.) ¿Quién va á vestir á la señorita?
- AMALIO. (Ap. reflexivo.) La verdad es que mientras no sea mi mujer, yo no puedo ayudarla á vestir. (Alto.) No se ha levantado aun la señorita?...
- LUISA. No señor; hace un momento que la entré el chocolate y me dijo: «ven pronto á vestirme, porque el señor está para llegar y quiero que me encuentre de pie.»
- AMALIO. (Cambiano de tono.) Hola!... ¿Eso dijo?... Parece que tiene impaciencia de verme!
- ADRIAN. Ah!... sí señor, mucha impaciencia. Ayer estaba ahí cosiendo junto al mirador, y en cuanto sonaban las herraduras de cualquier caballería, decia vivamente: «ya está ahí el amo.»
- AMALIO. (Alegremente.) ¡Jel jel!... es muy buena la señorita Julia!
- LUISA. Sí señor!... lo más cariñosa...
- AMALIO. (Con calor.) Y qué haces que no vas á atacarla el corsé?...
- LUISA. Como usted decia que me marchase ahora mismo...
- AMALIO. ¡Vaya usted á vestir á la señorita!
- LUISA. (Con recelo.) Sí, para ponerme luego la cuenta en mano.
- AMALIO. No hablemos más de eso.
- ADRIAN. Anda á vestir á la señorita. ¿No ves que estás impacientando al señor?
- AMALIO. (Mirándole fijamente.) Sí, buen tunante estas tú!
- ADRIAN. (Cómicamente.) Señor... no hablemos más de eso.
- AMALIO. (Ap.) Pues!... Estos pícaros hacen de mí lo que quieren... (Alto.) Ea!... cada uno á su ocupacion... (Luisa sale por la puerta derecha y Adrian va á salir por el fondo.)

ESCENA III.

D. AMALIO y ADRIAN.

- AMALIO. (Á Adrian.) Eh!... ¿adónde vas tú?
- ADRIAN. Á recoger el equipaje y á...
- AMALIO. Á hacer que hacemos y no hacemos nada. ¿Llevaste mi carta á casa de don Felipe?
- ADRIAN. Sí señor.
- AMALIO. Estaba eu casa?
- ADRIAN. Sí señor.
- AMALIO. Y se la diste en propia mano?
- ADRIAN. Sí señor.
- AMALIO. Y te dijo que vendria á la hora que le indicaba en la carta?
- ADRIAN. Sí señor.
- AMALIO. De modo que estará para venir!
- ADRIAN. Sí señor.
- AMALIO. No, esto no te lo digo á tí, me lo digo yo á mí mismo.
- ADRIAN. Sí señor.
- AMALIO. (Cargado.) Canario!... parece un reloj de repeticion... ¿He tenido alguna carta durante mi ausencia?
- ADRIAN. Sí señor.
- AMALIO. (Impaciente.) Dale!...
- ADRIAN. Pues cómo quiere usted que diga cuando debo decir sí señor?...
- AMALIO. (Vivamente.) No, no digas nada, cállate.
- ADRIAN. Ah, bien; eso es otra cosa...
- AMALIO. Y qué has hecho de esa carta? ¿La has recojido tú? (Adrian se calla.) Responde, hombre, ¿te has quedado lelo?
- ADRIAN. Como usted se incomoda cuando digo sí señor!
- AMALIO. Pero tienes tú la carta? (Adrian se calla.) Habla, hombre, habla, no seas bruto.
- ADRIAN. Pero cómo quiere usted que le conteste?
- AMALIO. Canario!... ¿Cómo se responde á las preguntas que

se hacen? Diciendo sí señor, ó no señor, como Dios manda.

ADRIAN. (Sacándola cargado.) Pues la tengo, sí señor.

AMALIO. Pues venga acá con cincuenta de á caballo y quitate de mi vista. (Adrian se va.) Jesus qué muchacho más bárbaro!

ESCENA IV.

D. AMALIO solo.

Si no fuera porque es leal... lo que se llama un perro leal... porque eso sí, en cuanto á exactitud en el cumplimiento de cuanto se le encarga... No, seguro estoy de que durante mis quince dias de ausencia, lo que es la señorita Julia ha estado más guardada que oveja en redil... Oh!... y en cuanto á Luisa, tampoco tengo queja: ¡chica más honrada!... Sí; ¡fácil es que se deje seducir!... (Mirando el sobre de la carta.) No reconozco esta letra... ¿De quién será?... Veamos. (Abre y lee la firma.) Manuel Mendoza!... (Con gozo.) Calla!... mi buen amigo Mendoza! el amigo de toda mi vida!... ¡Cuánto hace que no sabía de él!... ¿Á ver qué dice?... (Lee.) —«Querido Amalio: el dador de esta es mi hijo »Pepito que pasa á esa córte por una temporada: ha »concluido su carrera, y justo es que ahora disfrute lo »que ha dejado de gozar durante sus estudios. Facilita- »le las cantidades que te pida, introdúcele en la buena »sociedad, y guíale en todo aquello que juzgues digno »de tu consejo y experiencia. Él es alegre y franco co- »mo yo; sabe lo que te quiero, y le he encargado que te »tenga por el primer y el mejor amigo de los que por »ahí adquiriera. Confiado en que tú serás para él lo que »yo seria para tus hijos, si los tuvieras, quedo tranqui- »lo, y te abraza estrechamente tu antiguo amigo.— »Manuel.»—(Hablando.) Canario! ¡y la fecha es del diez!... Es decir, que hace quince dias que este mozo ha ve-

nido á traerme esta carta!... Hola!... Adrian!... chico!... Adrian!...

ESCENA V.

D. AMALIO, ADRIAN.

- ADRIAN. Señor...
- AMALIO. ¿Vistes tú al que trajo esta carta?
- ADRIAN. No señor.
- AMALIO. ¿De modo que no puedes decirme qué facha tiene?
- ADRIAN. No señor.
- AMALIO. ¿Dejó las señas de su casa?
- ADRIAN. No señor.
- AMALIO. Y sabes si quedó en volver?
- ADRIAN. No señor.
- AMALIO. (Anostazado.) Canario con la elocuencia que hoy gastas!... Sí señor, no señor!... ¡Es que estás insoportable! Pero esta carta no habrá venido por arte mágica!
- ADRIAN. No señor!...
- AMALIO. (Impaciente.) Dale!
- ADRIAN. ¿Pero qué he de responder cuando tengo que decir no señor?
- AMALIO. (Cargado.) Nada, hijo, nada!...
- ADRIAN. Bien está. (Suenan campanillazo.)
- AMALIO. Han llamado aquí? (Adrian calla.) Es aquí donde han llamado?... (Adrian calla.) Hombre, responde con dos mil demonios.
- ADRIAN. Pues han llamado aquí, sí señor.
- AMALIO. (Impaciente.) Jesús!... ahora empieza con el sí señor. Anda á abrir y no vuelvas en todo el dial... (Adrian sale amostazado.)

ESCENA VI.

D. AMALIO.

¡Vaya que el diablo del chico ha dado en una tecla!...
¡Hay que extraerle las palabras del cuerpo con sacatrapos!... Quince días sin contestar al amigo Mendo-

za!... ¿Qué pensará? Si yo supiera dónde vive su hijo...
¿Cómo no se le habrá ocurrido dejarme una tarjeta?

ESCENA VII.

DICHOS, D. FELIPE.

FELIPE. ¿Da usted su permiso?

AMALIO. Oh, mi querido señor don Felipe! Bien venido!... Tome usted asiento.

FELIPE. Aquí me tiene usted á sus órdenes y dispuesto á complacerle en todo aquello que se digne mandarme.

AMALIO. Gracias, amigo mio, gracias.

FELIPE. Recibí anoche la cartita de usted.

AMALIO. Sí, sí; y usted, que es la misma exactitud... Siéntese usted!... Hola, Adrian! (Aparece Adrian.) No estoy en casa para nadie, á ménos que venga el caballero de la carta, ¿entiendes?... (Adrian hace señal de asentimiento.) Déjanos pues solos y cierra esa puerta. (Adrian sale y cierra la puerta del fondo.)

FELIPE. Hola!... parece que el asunto de que vamos á hablar es grave!

AMALIO. (Sentándose.) Algo serio por lo ménos.

FELIPE. Trata usted de hacer testamento?

AMALIO. Quiá, no señor; se trata de una carta dotal.

FELIPE. Hola!... (Con curiosidad.)

AMALIO. He resuelto casarme y quiero dotar á la novia.

FELIPE. (Con asombro.) Hombre! Á los cincuenta y pico...

AMALIO. Me parece que ya es razon de que yo tome estado.

FELIPE. (Con gravedad cómica.) No, lo que es por la edad... Y si la cónyuge ó contrayente es una mujer de peso...

AMALIO. Una mujer de peso!... Quite usted, hombre. ¿Está usted en su juicio?...

FELIPE. Ah, ya! ¿se trata de una jóven?

AMALIO. Pues claro, hombre, de una jóven á quien deseo hacer feliz.

FELIPE. (Con cierta malicia.) ¡Ya!... Y usted cree que podrá serlo con ella?

- AMALIO. Pues claro, hombre, claro: á no creerlo así no me casaría.
- FELIPE. (Con aire compasivo y socarrón.) Sí, sí, ya lo supongo. Pero como los tiempos que corren son así tan ocasionados... porque las costumbres que digamos, no son allá muy edificantes: y en punto á fidelidad, quiero decir, en esto de guardar á los maridos la fe jurada, las mujeres, señor don Amalio, con perdon sea dicho, no son muy escrupulosas.
- AMALIO. Ya... si uno escoge á ciegas y sin precauciones...
- FELIPE. Luego usted está seguro de... de... vamos... usted no tiene temor de que... porque en fin... siendo usted ya un hombre así... y ella una jóven... que acaso será bonita... eh?
- AMALIO. Oh! muy bonita!... muy bonita!...
- FELIPE. Pues bien, siendo ella una jóven bonita y usted un hombre... así... vamos, la cosa no sé cómo decirla, pero usted me comprende...
- AMALIO. Pues no he de comprenderlo, hombre? ¿No he de comprenderlo?... Usted teme que yo... es decir, que ella... quíá, no señor, no señor... Lo que es en ese punto... Por algo ha vivido uno en el mundo y sabe dónde le aprieta el zapato.
- FELIPE. Canastos! en los tiempos que corren la mujer ménos avisada se la da al hombre más listo de la tierra. ¡Si parece que hoy las muchachas nacen sabiendo lo que no llegaron á conocer en su vida nuestras abuelas!... Y cómo no? Con ese afán de lanzarlas al mundo desde niñas!... ¡Con esos bailes infantiles que hacen de la muñeca una mujer anticipada... Cuando llegan á la edad de las pasiones llevan ya tal acopio de picardías...
- AMALIO. Claro! el que va á escoger en el mundo, se expone siempre á que le den gato por liebre.
- FELIPE. Calle! ¿pues usted dónde ha ido á escoger la que destina á ser su cara mitad? Ha ido usted al limbo?
- AMALIO. (En voz baja.) Poco ménos, amigo mio, poco ménos. Esta es una historia breve que voy á referir á usted, y de

- la cual podrá usted deducir mi prevision.
- FELIPE. Diga usted, señor don Amalio, diga usted.
- AMALIO. No sé si usted se acordará de aquel jardinero que yo tenia en mi quinta de Carabanchel!
- FELIPE. Sí, el marido de aquella Antonia que vendia flores en la plazuela de Santa Cruz.
- AMALIO. El mismo.
- FELIPE. Por cierto que ambos murieron en el cólera del cincuenta y cinco...
- AMALIO. Cabal, dejando huérfana á una pobre niña de seis años, que es ya una mujer hecha y derecha y más inocente que una paloma.
- FELIPE. ¿Y es con ella, acaso, con quien?...
- AMALIO. Justo; usted lo ha adivinado. Condolido de su orfandad porque á la muerte de sus padres quedaba sola en el mundo, me dije: «esta chica tiene trazas de ser muy bonita con el tiempo. Si yo la educo á mi modo, si logro hacer que en su corazon y en su pensamiento no penetren ciertas ideas cuando llegue á su completo desarrollo, puedo hacer de ella una mujer modelo!» ¿Qué le parece á usted?
- FELIPE. Hombre, todo eso me parece muy bien y muy santo á los ojos de Dios. Adelante.
- AMALIO. Pues bien, la cosa fué dicha y hecha; toméla bajo mi proteccion, la vestí y la cuidé como si fuera hija mia, y al año la hice ingresar en el colegio de las Salesas reales, encomendándola á una buena y santa madre, que me prometió hacer de ella una cordera sin pecado ni mancha.
- FELIPE. Es decir, una chica simple en toda la extension de la palabra.
- AMALIO. Eso es, una muchacha sin malicia ni trastienda. Y lo que yo digo, ¿qué ha de hacer más que quererme? No ha conocido más hombres que á su confesor y á mí: sabe cuánto me debe; y lo que no haga en ella el amor lo hará la gratitud y la... ¿qué es eso? ¿mueve usted la cabeza?

- FELIPE. Yo, lo único que digo á usted, mi querido don Amalio, es que es muy peligroso poner la tranquilidad en manos de una chiquilla simple y poco preparada para resistir los embustes del mundo.
- AMALIO. (Riendo.) Calle usted, hombre; si usted no sabe hasta qué punto es inocente! El lenguaje más astuto y malicioso es para ella como si fuera griego. ¿Querrá usted creer que me preguntó el otro día si es verdad que los niños recién nacidos vienen de París?
- FELIPE. ¡Calle usted! ¿Es posible?
- AMALIO. Lo que usted oye. Inútil es decirle que le contesté afirmativamente.
- FELIPE. Ya! (Mirándole socarronamente.)
- AMALIO. Y como mostrase deseos de tener un chico...
- FELIPE. (Con malicia.) Hombre!
- AMALIO. La compré uno de esos muñecos que dicen papá, y ahí la tiene usted más contenta y más satisfecha que una madre priora.
- FELIPE. De modo que usted está resuelto á entrar en la cofradía...
- AMALIO. Oh! sí, resuelto á casarme inmediatamente... Ya ve usted; hoy la situación que atravieso es insostenible y ocasionada á malas interpretaciones.—Con motivo del jaleo que han armado en las Salesas, yo he tenido que hacerme cargo de la niña y traerla á una casa á espaldas de la mía; pero como ha sido preciso abrir una comunicacion para estar á la mira y al cuidado de lo que pueda necesitar, de aquí que se haga indispensable acelerar nuestro matrimonio.
- FELIPE. (Levantándose.) Pues señor, bien, se hará lo que usted guste, toda vez que está decidido á...
- AMALIO. Aquí tengo la minuta extendida, para que al tenor de ella...
- FELIPE. Sí, sí; extenderé la escritura á la mayor brevedad.
(Tomando la minuta.)
- AMALIO. Y sobre todo con la mayor reserva, eh?... Yo no quiero que se divulgue mi cambio de estado.

- FELIPE. Descuide usted... descuide usted! Lo que es por mi parte no se sabrá que usted ha hecho ese testamento...
- AMALIO. Hombre, no!... testamento...
- FELIPE. Quiero decir... (Corrigiéndose.)
- AMALIO. Sí, sí, un *quid pro quo*...
- FELIPE. (Ap.) (Para el caso es lo mismo...) Conque tan pronto como eso esté en limpio, yo vendré á leérselo, y á recoger la firma, y...
- AMALIO. Y... asunto acabado.
- FELIPE. Eso es. (Ap.) (*¡Requiescat in pace!*) Soy de usted.
- AMALIO. (Despidiéndole.) Vaya usted con Dios, amigo don Felipe, vaya usted con Dios, y gracias por la molestia.

ESCENA VIII.

D. AMALIO, y en seguida LUISA.

- AMALIO. Pues señor, bien, la suerte está tirada y ahora sólo falta... ¿Qué quieres?
- LUISA. La señorita está acabando de arreglarse; y si ustedes quieren almorzar...
- AMALIO. Sí, hija, sí, que tengo un apetito y un deseo de ver á la señorita... (Suena la campanilla.) Eh? Algun importuno que me ha visto bajar del tren... ¿Á ver, quién es?

ESCENA IX.

DICHOS, ADRIAN.

- ADRIAN. El caballero de la carta...
- LUISA. Ah! sí; un jóven que vino el dia mismo en que se marchó usted á la Mancha.
- AMALIO. Ya! fuiste tú la que recibió la carta?
- LUISA. Sí señor...
- AMALIO. (Vivamente á Adrian.) No le detengas, hombre, no le detengas, hazle entrar. (Á Luisa.) Y tú preven á la señorita que no salga hasta que yo la llame.
- LUISA. ¿Es decir, que por ahora no almuerza usted?

AMALIO. No, que almuerce la señorita, yo almorzaré más tarde.
LUISA. (Saliendo.) Qué demonio de visita!

ESCENA X.

D. AMALIO, PEPITO.

PEP. ¿Don Amadeo Cabestreros Cabeza de Vaca?

AMALIO. Servidor, caballero, servidor.

PEP. Soy Pepito Mendoza.

AMALIO. (Dándole la mano con alegría.) Sí, sí, ya sé, Pepito Mendoza, el hijo de mi amigo Manuel!... ¡Cuánto me alegro de que haya usted venido! Acabo de llegar de fuera. ¿Cómo está papá?

PEP. Bien, gracias; he sabido que estaba usted de viaje...

AMALIO. Sí, y como usted no ha vuelto por acá, no sabía cómo contestar á su papá de usted. Canario! Es usted el vivo retrato de su padre! Siéntese usted, hombre, siéntese usted.

PEP. Por poco será, si usted no lo lleva á mal, porque á esta hora tengo que hacer...

AMALIO. Algun negocio importante.

PEP. Sí señor; tengo que hacer unos cuantos guiños á una muchacha que me trae revuelto el seso.

AMALIO. (Riendo.) Hola! Hola!... tan pronto? No, no lo extraño. Si sale usted á su papá... En un periquete armaba conversación con el lucero del alba. ¡Genio más alegre y más campechano!...

PEP. Lo mismo que yo: ya se lo dice á usted en la carta. Por eso no he tenido inconveniente en confiarle á las primeras de cambio... porque como yo no sé mentir, y por otra parte, me dice que lo trate á usted como á mi mejor amigo...

AMALIO. Pues claro, hombre. ¡No faltaba más!...

PEP. Así es que yo me dije hoy. «Como necesito dinero, de paso que voy á saludar á... la... pues!... á la...»

AMALIO. Sí; ya entiendo...

PEP. Porque vine cerca de aquí, á la vuelta de la manzana.

- AMALIO. Hola!... Es vecina mia? Me alegro: con eso no le costará á usted trabajo venir á verme de vez en cuando.
- PEP. Sí señor; siempre que como ahora necesite dinero; porque cuando uno está enamorado, no tiene tiempo para nada.
- AMALIO. ¿Tanto como enamorado?
- PEP. Enamorado hasta los topes, señor mio, hasta los topes.
- AMALIO. Cuidado, hijo, cuidado con eso. En Madrid se suele uno llevar cada petardo... supongo que ya sabrá usted quién es.
- PEP. Sí señor; una chica muy bonita, sin padre ni madre ni perrito que la ladre; sus padres murieron del cólera...
- AMALIO. ¿Eh?... (Con interés.)
- PEP. Sí señor, murieron del cólera; y un estafermo de tutor que la esclaviza, la puso en las Salesas... ya sabe usted; en ese convento que ya no es convento... De lo cual deduzco que la chica debe de ser rica!...
- AMALIO. (Ap.) Canastos!...
- PEP. El tutor, ó lo que sea, sin duda la educa para monja, porque no la deja respirar, segun mis noticias.—¡Ya ve usted si será bárbaro!
- AMALIO. (Ap.) Canario!
- PEP. Monja en estos tiempos!... Con el deseo quizás de hacerla en vida... todos los tutores son lo mismo... ¿No le parece á usted?
- AMALIO. (Aturullado.) No, la verdad es que yo no sé lo que todo eso me parece.
- PEP. Pues el caso es que con la clausura del colegio se la ha traído á casa, y la tiene encerrada bajo siete llaves, y ni la deja ir á paseo, ni al teatro, ni á... ¡Ese hombre debe ser un salvaje!
- AMALIO. Carape!
- PEP. Yo le aseguro á usted que debe ser un salvaje.
- AMALIO. Pero hombre!.. Cómo teniéndola tan guardada ha podido usted verla y entablar...
- PEP. La conocí el mismo día que tuve el gusto de traer á

usted la carta de papá. Yo tomé la vuelta de la manzana para irme á casa; estaba sentada en el balcon; bordaba ó cosía; me miró... la miré... ¡Qué bonita, señor de Cabestro!... ¡Qué bonita!... Involuntariamente incliné la cabeza y la saludé, ella inclinó la suya y me saludó.

AMALIO. (Ap.) ¡Ay Jesus!

PEP. Seguí por la acera de enfrente volviendo la cabeza como quien huye de un tutor ó de un toro.

AMALIO. (Ap.) ¡Qué diablos de símiles usa este mozo!

PEP. Y ella me siguió con los ojos, como diciendo: «¿Quién será este jóven?»

AMALIO. (Ap.) Y un jóven guapo! ¡Uf!

PEP. Volví á bajar lentamente hasta llegar al frente de su mirador.

AMALIO. Y vuelta á saludar?

PEP. Pues!

AMALIO. (Con ansiedad.) Y ella...

PEP. Pues!... vuelta á saludar!

AMALIO. (Vivamente estremeccido.) Sí, conozco el sistema, el sistema de todos.

PEP. Y así pasaron dos ó tres días hasta que pude hablarla.

AMALIO. (Vivamente.) Desde la calle?

PEP. No, señor, por un ventanillo primero, y luego por... luego la he visitado.

AMALIO. (Ap.) Horror... (Alto.) ¿En su misma casa?

PEP. Sí señor, en su misma casa, en la cual he podido...

AMALIO. ¿Qué ha podido usted, hombre, qué ha podido usted en su casa?

PEP. Hacerla saber que la adoro.—Esta es la hora en que paso todos los días por delante de su balcon... y ya ve usted que no es cosa de hacerla esperar al aire... Conque si usted quiere darme cuatro mil reales... porque el amor siempre trae gastos: hay que ganar la confianza de alguno... gratificar á éste ó aquel.

AMALIO. Sí, sí... entiendo... (Ap) los tunantes de los criados... (Alto.) voy á servir á usted... pero con una condicion.

- PEP. Liga usted.
- AMALIO. (Procurando dominarse.) Ya sabe usted que su papá quiere que yo le guie á usted por este mar proceloso que se llama Madrid.
- PEP. Eso no hace falta; ya conozco las calles principales y sería una molestia para usted.
- AMALIO. No, no se trata de ser su lazarillo, sino de guiarle en aquellos asuntos que pueden comprometerle.
- PEP. Ah, sí, con mucho gusto.
- AMALIO. Pues bien, los asuntos de amor son siempre peligrosos. Prométame usted darme cuenta de cuanto vaya adelantando en el que trae entre manos.
- PEP. Sí señor, ya diré á usted cuanto me ocurra.
- AMALIO. Y yo le guiaré, le aconsejaré, le ayudaré á... (Ap.) Ya verás tú á lo que te ayudo.
- PEP. Eso; usted me ayudará á burlar la vigilancia de ese canchero cuyo nombre ignoro, pero que debe ser muy conocido de usted, porque dicen que es rico, banquero, hombre de bolsa y además es casi vecino... vive aquí á la espalda.
- AMALIO. No, no, por esas señas... ¡hay en Madrid tantos!...
- PEP. Sí, aquí debe de haber mucho estúpido con dinero.
- AMALIO. (Ap.) Gracias!... ¿quién ha traído á este hombre á mi casa!... ¡Que no se hubiera hundido la escalera!...
- PEP. Conque si usted me da esos cuartos... aquí traigo á prevención un recibo extendido...
- AMALIO. Bien, sí; no hacia falta... pero por la formalidad... (Saca una cartera.) Tome usted ese billete. (Ap.) Y vete con dos mil demonios.
- PEP. Gracias, señor de Cabestro...
- AMALIO. (Corrigiéndole.) Cabestreros, hijo, Cabestreros.
- PEP. Gracias, señor de Cabestreros: usted es mi amigo, yo lo soy de usted; Julia me espera, no puedo detenerme... ¡Si usted viera qué bonita, señor Cabeza de Buey.
- AMALIO. Cabeza de Vaca, hijo, Cabeza de Vaca.
- PEP. Abur, señor Cabeza de Vaca. Escribiré á papá que he tenido el gusto de verle.
- :

AMALIO. (Ap.) Y yo el disgusto de haberte conocido.

PEP. Abur.

AMALIO. Beso á usted... (Viéndole salir.) ¡Manos besa el hombre!...

ESCENA XI.

D. AMALIO solo, dejando estallar la cólera.

¿Qué es esto, Dios mio? ¿Será posible? Sí, no hay duda: las señas son mortales: una chica bonita, cuyos padres murieron del cólera, que se ha educado en las Salesas, que vive á espaldas de esta casa, que se llama Julia! Ella es!... sí señor, ella es!... Y la ha hablado por el ventanillo... y luego ha entrado en casa... (Gritando.) Luisa!... Adrian!... Oh!... si descubro... yo debo descubrir... yo quiero descubrir...

ESCENA XII.

DICHOS, LUISA, ADRIAN, por el fondo.

AMALIO. (Tomando por un brazo á Adrian y trayéndolo á primer término.)
Á ver, ven aquí, ponte derecho, mírame á la cara.

ADRIAN. (Ap.) (¿Qué demonios le ha dado?)

AMALIO. (Haciendo lo mismo con Luisa.) Á ver tú, ven acá, colócate ahí tambien.

LUISA. (Asustada.) ¿Qué es esto, Dios mio?

AMALIO. (Con imperio.) Miradme los dos fijamente. (Los dos lo hacen.) Más fijamente: quietos así.

ADRIAN. (Ap.) (Qué diablos de jerigonza!...)

LUISA. (Ap.) (Jesus! ¡Estoy temblando.)

AMALIO. (Después de un momento con fiereza.) Lo sé todo.

ADRIAN. (Mirando á Luisa.) (Eh?)

LUISA. (Mirando á Adrian.) (¿Qué?)

AMALIO. (Casi fuera de sí.) Lo sé todo y voy á confundiros. (Los dos echan á correr.) Quietos! quietos ahí. Contádmelo todo, todo, ¿habeis oído? Yo quiero saberlo todo! (Se pasea colérico.)

- ADRIAN. (Á Luisa.) ¿Sabes tú algo?
LUISA. (Á Adrian.) Yo?... ¿de qué?
ADRIAN. De eso.
LUISA. ¿Y qué es eso?
ADRIAN. De eso que habla el señor.
LUISA. Pero señor, si no ha dicho una palabra!
AMALIO. ¿No, eh? Pues no he dicho que lo sé todo? Pero no, callad, callad... callad digo... no quiero que anticipadamente prevengais á la señorita... yo sabré de ella... de sus labios!... (Deteniéndose reflexivo.) Yo debo serenarme: yo tengo Jerez en mi cuarto... yo debo beber una copa de Jerez. (Alto.) Esperad aquí, no os movais de aquí, porque si salís de aquí... Ahora volveré yo aquí. (Entra en su habitación.)

• ESCENA XIII.

LUISA, ADRIAN.

- LUISA. Dios mio, ¿se habrá vuelto loco?
ADRIAN. Canario, mucho me lo temo.
LUISA. Pero no adivinas tú lo que eso puede ser?
ADRIAN. ¡Qué sé yo! ¡Como no haya reñido con el caballero que ha estado ahí!... Ese jóven de la carta!...
LUISA. Pero nosotros qué tenemos que ver? Y qué tiene que ver la señorita en todo esto puesto que no quiere que la prevengamos?
ADRIAN. Ah!... ya adivino; es que está celoso y quiere meternos los dedos.
LUISA. ¿Querrá sacarnos los ojos?
ADRIAN. Quiero decir que quiere meter mentira por sacar verdad.
LUISA. Ya!... Y qué es eso de estar celoso?
ADRIAN. Celoso? Pues celoso quiere decir... voy á ver si me explico para que me entiendas mejor. Mira, la mujer es para el marido como un guisado muy rico, ¿estás?
LUISA. Sí, ya entiendo.
ADRIAN. Pues bien, si otro hombre huele el guisado y se em-

peña en meter la mano en el puchero...

LUISA. Ah vamos!... sí.

ADRIAN. Claro es que al marido de la mujer no le ha de servir de plato de gusto.

LUISA. Pues ya se ve que no.

ADRIAN. Pues ahí tienes tú lo que se llama estar celoso.

LUISA. Ahora lo comprendo perfectamente.

ADRIAN. Calla, que aquí vuelve el amo.

ESCENA XIV.

DICHOS, D. AMALIO y JULIA, por la izquierda.

AMALIO. Conque vamos á ver... Ah!... Julia!... Puesto que ella se anticipa...

JULIA. No almorzamos hoy?

AMALIO. Sí, hija sí; dentro de poco: tengo que hablar contigo ántes... (Á los criados.) Ya estais aquí demas.

JULIA. Pues si viera usted qué hambre tengo!

AMALIO. (Ap.) Respiro!... tiene hambre!... prefiere el almuerzo al otro que estará paseando la calle! Esto me vuelve el alma al cuerpo.

LUISA. Saco el almuerzo?

AMALIO. (Con mal humor.) No he dicho que yo avisaré?... Dejados solos. (Se van.)

ESCENA XV.

D. AMALIO, JULIA.

JULIA. ¿Viene usted de mal humor?

AMALIO. Sí, hija, sí, traigo un humor de todos los diablos!... Pero ante todo... ¿Cómo te ha ido durante mi ausencia?

JULIA. Muy bien.

AMALIO. ¿Te has acordado mucho de mí?

JULIA. (Con mucho candor.) No señor.

AMALIO. (Contrariado.) Canario!... ¿Tan ocupada has estado?

JULIA. Sí señor.

- AMALIO. (Con dulzura.) Hola! Hola! Eso quiere decir que habrás cosido mucho, eh?
- JULIA. Sí señor.
- AMALIO. (Ap.) Calle! ¡Esta parece discípula de Adrian!... ¿Y qué has hecho, hija mía, ¿qué has hecho?
- JULIA. Los gorros para usted.
- AMALIO. (Escamado.) ¿Gorros, eh? (Ap.) Si no fuera tan inocente lo tomaría á puya. (Alto.) De modo que has estado muy ocupada?
- JULIA. Sí señor.
- AMALIO. Y no has pensado en nada?
- JULIA. No señor.
- AMALIO. Ni has tenido otra ocupacion?
- JULIA. No señor.
- AMALIO. ¡Pues ahí verás tú lo que son las gentes! ¿Querrás creer que me han dicho que te han visto de conversacion con un pollo?
- JULIA. (Riendo.) ¡Qué barbaridad!... ¡Como si hablasen los pollos!
- AMALIO. No, no se trata de los hijos de las gallinas. Un pollo es, como si dijéramos, un jóven.
- JULIA. Ah!... ya...
- AMALIO. Cosa que yo no he querido creer; y que hasta me atreveria á apostar á que no es verdad.
- JULIA. (Con ingenuidad.) No, pues no apueste usted.
- AMALIO. (Desconcertado.) Cómo!...
- JULIA. No, no apueste usted.
- AMALIO. (Con enojo.) Luego es cierto?
- JULIA. (Asustada.) Qué ¿se enfada usted?
- AMALIO. (Ap.) Contengámonos. (Alto.) No, hija, no, ¿qué razon hay para ello?
- JULIA. Claro!... ¡yo no he podido evitarlo!...
- AMALIO. Ah!... ¿no has podido evitarlo? Pues cómo ha sido eso? Dímelo todo, cuéntame la verdad; ya sabes que no se debe mentir.
- JULIA. Pues ya se ve que no; como que es un pecado...
- AMALIO. Y gordo, hija, y gordo. Con que sepamos cómo ha si-

- do eso.
- JULIA. Pues muy sencillo. El día que usted se fué...
- AMALIO. (Ap.) Maldito viaje!
- JULIA. (Prosiguiendo.) Estaba yo haciendo un gorro para usted en el balcon. Como hacia calor...
- AMALIO. Sí, á todas las mujeres las gusta tomar el aire; adelante.
- JULIA. Pues bien, estando en el balcon ví que por la acera de enfrente pasaba un jóven muy guapo que miraba con mucha atencion.
- AMALIO. Muy guapo, eh?
- JULIA. Sí señor, muy guapo. Yo tambien le miré por curiosidad; llegó andando, andando enfrente de mí, y quitándose el sombrero con la mayor urbanidad me hizo un saludo muy atento. Yo, por no pecar de grosera, porque las madres me decian en las Salesas que debemos devolver cortesía por cortesía, incliné respetuosamente la cabeza y pagué saludo por saludo. Volvió á bajar, volvió á mirarme, volvió á quitarse el sombrero, y volvió á corresponder á su atencion. ¿Podia hacer otra cosa? Como las madres...
- AMALIO. (Interrumpiendo.) Sí, hija, sí, ya sé lo que te han enseñado las madres. (Ap.) Estúpidas!... (Alto) Prosigue, Julita, prosigue. (Ap.) Echo chispas.
- JULIA. Pues en seguida volvió á subir.
- AMALIO. Y te volvió á mirar...
- JULIA. Y á quitarse el sombrero...
- AMALIO. Y tú á inclinar la cabeza...
- JULIA. Justo!... porque aquello picaba ya en porfia, y yo dije: «no, pues por mi no ha de quedar.»
- AMALIO. (Ap.) Ángel de Dios!... ¡de puro inocente raya en bestia!
- JULIA. ¿Qué murmura usted? ¿Hice mal en eso?
- AMALIO. No, hija, no: lo que es hasta ahora todo ello está conforme con lo que me han referido. Pero, prosigue, porque segun mis noticias la cosa no paró ahí.
- JULIA. No señor, no paró ahí.

- AMALIO. Bien, sepamos en lo que paró. (Ap.) Aquí sin duda entra lo gordo.
- JULIA. Al día siguiente, mejor dicho, á la tarde siguiente, volvió á subir, y volvió á saludar, y tornó á bajar, y yo lo mismo, volví... á...
- AMALIO. (Ap.) Canario, parece que oigo el cuento de la pastora Torralva, aquel que Sancho contó á D. Quijote. (Alto.) Pasa por alto, hija, las subidas y bajadas y vamos al caso.
- JULIA. Pues el caso fué que una de las veces se paró frente al balcón, miró á uno y otro lado, y con semblante un tanto afligido me dijo: «Deseo hablar á usted por el ventanillo.»
- AMALIO. (Ap.) Canario! empiezo á sudar como si estuviéramos en Julio.
- JULIA. Yo no supe qué responderle; me levanté de mi asiento, le seguí con los ojos y ví que entraba en el portal. Y yo dije, ¿qué me querrá? ¿Qué querrá decirme? ¿Será alguñ necesitado?
- AMALIO. (Ap.) Sí; ¡buena necesidad nos dé Dios!
- JULIA. Y pensando en esto, me fui insensiblemente hasta la puerta.
- AMALIO. ¡Ay! (Suspirando.)
- JULIA. Y abrí el ventanillo y...
- AMALIO. (Con ansiedad.) ¿Y estaba allí?
- JULIA. Allí, sí señor, con la cara pegada á los hierros de la reja.
- AMALIO. (Vivamente y trémulo.) Y bien, ¿qué te dijo, hija, qué te dijo?
- JULIA. Pues me dijo... señorita, usted me ha flechado... usted ha herido mi corazón, yo me estoy muriendo!...
- AMALIO. Todo eso te espetó de primeras? (Ap.) Pues el niño es corto de genio!
- JULIA. Yo me asusté, y le dije: ¿Está usted malo? qué tiene usted? ¿Quiere usted que llame? Y él me contestó: «No, no llame usted á nadie; hágame usted el obsequio de darme una copa de agua.»

AMALIO. (Ap.) Tunante!

JULIA. Yo siempre asustada, fui por la copa de agua; pero como la copa no cabía por el ventanillo y el pobre joven se moría de sed y se apretaba las manos contra el corazón y me miraba de una manera que... vamos, abrí la puerta y le dije: «énte usted, serénese usted, beba usted con calma.»

AMALIO. (Ap.) Jesús qué tonta!... ¡qué tonta, señor! ¡Si esto raya en lo inverosímil!

JULIA. ¡Pero cuál no sería mi sorpresa cuando tan pronto como entró se arrojó á mis piés, y tomándome una mano la empezó á besar calorosamente, diciéndome: «Por Dios, señorita, no me rechace usted, no me deje usted morir!...»

AMALIO. (Iracundo.) Y te besaba la mano?

JULIA. Sí señor, con un afán!... Y no solo la mano...

AMALIO. (Ap.) Cuerno!...

JULIA. Sino que me besaba el brazo que me tenía cogido sin que yo pudiera impedirlo, porque como la otra mano la tenía yo ocupada con la copa de agua...

AMALIO. (Indignado.) Pero señor, eso sería horrible!

JULIA. Quiá, no señor. ¡Si usted viera!... Yo no sé lo que sentía entonces... no acierto á explicármelo. Ello es que yo sentía un bien estar!...

AMALIO. (Ap.) Sopla!... (Alto.) Pero en fin, ¿en qué acabó todo eso?

JULIA. Pues acabó diciéndome que necesitaba verme todos los días; que no podía pasar sin que sus ojos se fijasen en los míos, y que si me negaba á ello se moriría.

AMALIO. (Con ira.) Y tú le creíste?

JULIA. Pues cómo no? Si lo decía de un modo!

AMALIO. Y bebió al fin la copa de agua?

JULIA. Quiá, no señor.

AMALIO. Y tú le ofreciste dejarte ver todos los días?...

JULIA. Sí señor.

AMALIO. (Ap.) Horror!... apuremos el cáliz. (Alto.) Y no pasó nada más?... (Julia le mira y se sonríe con empacho.)

- JULIA. Sí señor.
- AMALIO. (Trémulo.) Eh? (Ap.) ¿qué voy á saber, Dios mio? (Alto.) Habla, hija, habla, no te guardes nada.
- JULIA. (Con cierto empacho.) Es que va usted á enfadarse.
- AMALIO. (Limpiándose la frente.) (Jesus!...) (Alto.) No, hija, no, puedo yo enfadarme contigo?
- JULIA. Sí... ya sé que usted se va á enfadar...
- AMALIO. (Con calor.) ¿Cómo he de decirte que no? habla sin miedo, Julita, habla sin miedo.
- JULIA. (Con embarazo.) Pues bien... entónces... le diré á usted.. (Mirándole.)
- AMALIO. (Con ansiedad.) ¿Qué? anda, hija, suéltalo, no tengas reparo.
- JULIA. (Arrepentida.) No, no, me va usted á reñir.
- AMALIO. (Desfallecido.) Dios mio, ¡qué tortura!
- JULIA. ¿Ve usted cómo se enoja?...
- AMALIO. Que no! ¡Es de impaciencia!... de... de...
- JULIA. (Semi-resuelta.) Pues bien... es que...
- AMALIO. (Anhelante.) Vamos á ver... ánimo!
- JULIA. Es que... el muy atrevido...
- AMALIO. (Mascullando la frase.) Atrevido, eh?... ¡fué atrevido!... Tuvo el atrevimiento de...
- JULIA. El muy atrevido... se permitió... robarme...
- AMALIO. (Sin poder respirar.) Cáscaras!...
- JULIA. Se permitió robarme... aquel lazo de color de lila que usted me compró en casa de Codina.
- AMALIO. (Respirando y dejándose caer á plomo en una butaca.) ¡Gracias á Dios!... ¡Si no fué más que eso! ¡Si no fué más que el lazo de...
- JULIA. Nada más! Aquel lazo color de lila...
- AMALIO. (Ap.) Sí, valiente lila estás tú!...
- JULIA. ¿No se incomoda usted?
- AMALIO. (Con cierta alegría.) No, hija, no; si eso no tiene nada de particular. (Ap.) Oh! don Felipe! ¡qué bien decia don Felipe!
- JULIA. Ah! ¡cuánto me alegro!... Pero ya ve usted que yo no he podido remediarlo.

AMALIO. (Mirándola entre enojado y compasivo.) Estúpida! (Alto.) No, ya veo; pero yo haré que esto no pase adelante y que no vuelvan á ocurrir estas casualidades.

JULIA. Bueno... ¿pero no almorzamos?

AMALIO. Ah sí; tú me recuerdas que estoy desfallecido. (Tira de una campanilla y acuden Luisa y Adrian.)

ESCENA XVI.

DICHOS, LUISA, ADRIAN.

AMALIO. Está puesta la mesa?

ADRIAN. Sí señor.

AMALIO. (Á Luisa.) ¿Y el almuerzo?

LUISA. Pueden ustedes pasar al comedor.

AMALIO. Pues á almorzar!... (Ap.) Dios mio, ahora puedo almorzar tranquilo! ¡Se me ha quitado un peso de encima!...

LUISA. (Á Adrian viéndolos salir.) ¿Se habrá pasado la basca?

ADRIAN. Sí, lo que es ahora parece que está un poco más sosegado.

LUISA. Gracias á Dios!...

ADRIAN. Á la mesa!

LUISA. Y yo á la cocina, no rabie de nuevo.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

D. AMALIO solo acabando de escribir.

Perfectamente: la lectura de todas esas reglas, que haré que se graben en su memoria de una manera indeleble, la servirán de guía en lo sucesivo. (Levantándose.) Pero, señor, ¿qué han hecho de esa chica las madres de las Salesas? Yo queria una mujer simple, es verdad; pero ya tan simple... (Pensativo.) Pues si el otro que le robó el lazo de color de lila es un poco más osado... (Estremeciéndose.) ¡No quiero pensarlo! .. me estremezco de horror!... Ya se ve!... Ella creia hacer una obra de caridad!... Pues!... y si le pide... no sé... si le pide la camisa, creo que se la hubiera dado! No, no; es preciso abrirla los ojos; prevenir á los criados para que la guarden, y vigilar yo mismo por mi tranquilidad. (Reflexivo.) Lo mejor seria no casarme! (Con cierto sentimiento.) ¿Pero he de consentir que otro venga con sus manos lavadas á ser dueño de tantos encantos? (Resuelto.) Quiá!... no señor, aunque sepa que me pone á punto de perderme... (Toca una campanilla.)

ESCENA II.

D. AMALIO, ADRIAN por el fondo, LUISA por la izquierda.

LUISA. Señor!

ADRIAN. Ha llamado usted?

AMALIO. Sí, sí, venid acá, que tengo que hablaros de un asunto grave, muy grave.

LUISA. (Ap. á Adrian.) Ya pareció aquello.

ADRIAN. (Ap. á Luisa.) Lo qué?

LUISA. (Á Adrian.) Aquello. Verás cómo dice que lo sabe todo.

ADRIAN. (Ap.) Ah, sí, allá veremos.

AMALIO. ¿Qué hace la señorita?

LUISA. No hace nada. (Escamada.)

AMALIO. ¡Bonita ocupacion!

LUISA. Ha estado peinando al gato.

AMALIO. Ya!... si ha peinado al gato estará descansando... ¡Es un trabajo tan fatigoso!

LUISA. Pues!

AMALIO. Bien; dejémosla descansar y vamos al caso.

LUISA. (Ap.) Ahora entra ello. (Racelosa.)

AMALIO. Pues señor, ahora puedo deciros con entera verdad que lo sé todo.

LUISA y ADRIAN. (Escamados y dispuestos á huir.) Eh?...

AMALIO. (Con calor.) Os digo que lo sé todo.

LUISA y ADRIAN. (Atarrullados dan una vuelta en ademán de huir de modo que uno á otro se entorpezcan.) Canario!...

LUISA. (Ap.) No te lo dije?

ADRIAN. (Ap.) Sí, ya pareció aquello.

AMALIO. (Asonbrado.) ¿Qué diablos de jeringonzas son esas?

ADRIAN y LUISA. (Conteniéndose mutuamente y afectando tranquilidad.) Nada, señor, no es nada.

AMALIO. (Asonbrado.) Hombre, ¡si habeis dado tal vuelta á la derecha que me pareciais dos quintos aprendiendo el giro de piés!

ADRIAN. (Risueño.) Quiá, no, no señor; es que como usted ha dicho: «Lo sé todo...»

AMALIO. Bien, y qué? Lo sé todo, quiere decir... lo sé todo. ¡Me

parece que esto no es para asustar á nadie! Digo, al ménos á vosotros, que lo que es á mí... Pero esto necesita una explicacion, y por eso os he mandado llamar.

ADRIAN. Bien, señor, usted dirá.

AMALIO. Estadme, pues, atentos.—Ya sabeis que pretendo casarme con la señorita Julia, eh?

LUISA. No... yo no sabia... (Con sorpresa.)

ADRIAN. No, ni yo tampoco. (Id.)

AMALIO. Pues bien, ya lo sabeis.

LUISA. Que sea para muchos años. (Haciendo cortesía.)

ADRIAN. Que usted la disfrute con salud. (Id.)

AMALIO. (Interrumpiendo.) Basta de enhorabuenas y vamos al caso. (Con mucho misterio agrupándolos en torno suyo.) El caso es que hay moros en la costa.

LUISA y ADRIAN. (Sin comprender.) Eh?...

AMALIO. Moros en la costa quiere decir que otro hombre pretende robarme el amor de la señorita.

ADRIAN. (Con calor.) Algun tunante desocupado!

AMALIO. Esc; un tunante de quien estoy escamado... ¿entendeis?

LUISA. Yo no!...

ADRIAN. ¿Cómo que no? Escamado quiere decir que está celoso. ¿Verdad, señor?

LUISA. (Adivinando.) Ah!... ya entiendo, lo del puchero.

AMALIO. (Asombrado.) Jesus qué bestia!... ¿qué tiene que ver aquí el puchero?

LUISA. (Con calor.) Sí, si señor; ¡si ya entiendo! es que ha olido el guisado...

AMALIO. Aprieta!... Esta mujer lo convierte todo en asunto de cocina.

ADRIAN. No, no, si ella va derecha; no tenga usted cuidado, que lo ha comprendido bien.

AMALIO. (Con asombro.) Sí, eh? Pues corriente, prosigo.—Pues ese tunante querrá sin duda alguna seduciros, ¿estais?

ADRIAN. Canario!... ¿Á mí? . .

LUISA. (Ofendida.) ¿Á mí?...

ADRIAN. (En tono amenazador.) Eso quisiera yo ver.

LUISA. (Con Calor.) Y yo.

ADRIAN. Del primer boleo...

LUISA. Del primer revés...

AMALIO. (Entusiasmado.) Así me gusta veros, dominados de una santa y calorosa indignacion... Pero ensayémonos, ensayémonos aquí por un momento. Figuraos (esto es un suponer), figuraos que yo soy el seductor á quien me refiero, y que vengo á catequizaros con palabras dulces y melosas. ¿Cómo os defenderiais? vamos á ver.

ADRIAN. (Con cierto enojo.) Pues yo le diria á usted: «Señor mio, no se acerque usted á mí, porque lo voy á reventar de un puñetazo.»

AMALIO. (Retrocediendo ante la amenaza viva de Adrian.) Hombre, no!... ¡Qué barbaridad!... Á las primeras de cambio, no se le da á un hombre un puñetazo. Se le dice con buenos modos... con cierta cortesía...

ADRIAN. Ah! sí; ya entiendo: se le dice con buenos modos. «Vaya usted de ahí, so tunante.»

AMALIO. (Ap.) Me parece que este se va á ganar una paliza si llega á emplear tan buenos modos. (Alto.) Sí, una cosa así; yo creo que eso le bastará para que no se atreva contigo; pero de rechazo irá á parar á tí (Á Luisa.), y procurará rendirte haciéndote mil carocas.

LUISA. Sí; facilito es! Á mí carocas! Que diga Adrian si conmigo valen las carocas!

ADRIAN. Oh!... no señor, no señor!... ¡Es más cerril esta chical!...

AMALIO. (Alegremente.) ¿Con que es cerril, eh? Señal de que tú has intentado... Pero en fin, (Á Luisa.) ¿qué me dirias tú si yo te dijera: «Luisita, tú me pareces una buena muchacha; yo necesito de tí, y quiero que me sirvas de...»

LUISA. (Interrumpiendo.) No prosiga usted; le diria; usted es un indecente; usted es un pilluelo...

AMALIO. Canario!... Todo eso le dirias?

LUISA. (Con calor.) Como usted lo oye. Bonita soy yo para...

AMALIO. (Ap.) ¡Pues valiente bofetada te vas á llevar en cuanto sueltes semejante pajarota! (Alto.) Bien!... muy bien,

así me gusta, y no esperaba yo ménos de vuestra lealtad. ¿Pero si de una manera insinuante se acercase á vosotros y os pusiera (Haciendo lo que dice.), como yo, á cada uno cinco duros en la mano?

ADRIAN. (Tomándolos y mirando si son buenos.) Cinco duros! (Á Luisa.) ¡Pues son buenos!...

LUISA. (Variando de tono.) Son buenos, eh? Sí; ¡de oro!

ADRIAN. Entónces es otra cosa! (Se los guarda.)

LUISA. (Guardándolos.) Pues claro! ¿Quién se niega á recibir?...

AMALIO. (Poco satisfecho.) Sí, eh? (Ap.) ¡Canario, con la fortaleza de los chicos!... (Alto.) Bien, hijos, bien: estoy satisfecho. (Con malicia.) Muy satisfecho. Pero como todo esto no es más que un suponer, devolvedme ese dinero ahora, que yo os gratificaré más adelante y con arreglo á vuestros servicios.

ADRIAN. (Desconcertado.) Ah! eso del dinero era un suponer?

LUISA. (Id.) No era más que un suponer?

AMALIO. No más, hijos, no más. Conque vengan esos cinco duros y ojo atento mientras yo llamo á la señorita. (Luisa y Adrian devuelven el dinero y se quedan cari-acontecidos. Don Amalio entra en la habitacion de Julia.)

ESCENA III.

ADRIAN y JULIA.

LUISA. Yo creía que esos cinco duros eran para mí.

ADRIAN. Toma! Y yo tambien.

LUISA. Y ahora sale con que era un suponer...

ADRIAN. ¿Por qué supondrá esas cosas para dejarnos en seguida con un palmo de narices?...

LUISA. Cuando yo te digo que el amo no está en sus cabaes... (Aparece Pepito.)

ADRIAN. Calla!... El jóven de la carta!

ESCENA IV.

DICHOS, PEPITO, preocupado.

- PEP. Por qué no se habrá asomado hoy al balcon? Estará enferma? Habrá venido el tutor? Ella me dijo que esperaba de un dia á otro á su tutor. (Con mucho calor.) Voto á... ¡me comeria crudos á todos los tutores del mundo!... (Se pasea.)
- ADRIAN. (Ap.) ¡Cáspita! Este hombre se cuele como Pedro por su casa. (Alto.) Caballero!...
- LUISA. (Ap.) ¡Qué buen mozo es este caballero!
- PEP. (Reparando en ellos.) Ah! los criados del señor Cabeza de ..
- ADRIAN. (Siguiéndole.) Caballero, el amo no está visible.
- PEP. (Ap.) Estos deben conocer á los criados de Julia. Los criados se conocen unos á otros: estos me podrian quizás averiguar...
- ADRIAN. Caballero, el amo...
- PEP. Si, ya me has dicho otra vez... y lo siento; porque yo queria consultarle. Pero en fin, acaso vosotros...
- ADRIAN. Si nosotros podemos servir de provecho...
- PEP. Si, de mucho provecho; yo necesito de vosotros.
- LUISA. Pues sí en algo podemos complacerle...
- PEP. Vosotros debeis conocer á una señorita que vive á espaldas de esta casa.
- ADRIAN. (Mirando á Luisa.) Eh?
- PEP. Una señorita, jóven, bonita, que ha estado en un colegio.
- LUISA. (Mirando á Adrian.) Eh?
- PEP. Cuando digo que ha estado en el colegio quiero decir que ya no está en el colegio. ¡Ha estado! tiempo pasado del verbo ser ó estar: vosotros no entenderéis una chispa de gramática. No importa; esto no obsta para que yo os diga que adoro á esa señorita.
- ADRIAN. (Ap. á Luisa con intencion.) Oyes? Adora á esa señorita, la que vive á la espalda y ha estado en el colegio, ¿eh?...

- LUISA. Luego este es el moro!
- LUISA. (Con miedo.) El moro? Pues entónces este viene á seducirnos.
- PEP. (Un poco cargado.) Vamos á ver, ¿he venido yo aquí para que en lugar de contestar os pongais á cuchichear? ¿No sabéis que eso es una grosería? Acabemos de una vez: ¿conoceis ó no conoceis á esa señorita que vive á la espalda de esta casa, que es jóven y bonita, que ha estado en el colegio de las Salesas, y á quien adoro como acabo de deciros?
- ADRIAN. (Entre receloso y amenazador.) Si señor. ¿Y qué tenemos?
- PEP. (Alegremente y abrazando á Adrian.) La conoces? Ah! Tú me haces feliz! (Saca una moneda de cinco duros.) Toma esos cinco duros por la noticia!
- ADRIAN. (Tomándola asombrado.) Eh? Cinco duros?
- LUISA. (Vivamente.) Cinco duros? Pues mire usted, yo la conozco tambien.
- PEP. (Con entusiasmo abrazándola.) Ah! tú tambien la conoces? Toma otro abrazo y otros cinco duros! Yo la conozco, tú la conoces, aquel la conoce...
- LUISA. (Ap. á Adrian.) (Ese moro sí que es generoso.)
- PEP. Plural, nosotros conocemos á la señorita, vosotros conocéis á sus criados... Digo, esto es un suponer, nada más que un suponer.
- ADRIAN. (Ap. á Luisa desconcertado.) Canario!... Este tambien empieza á suponer.
- LUISA. (Ap. á Adrian.) ¿Empieza á suponer? Pues nos va á quitar los cinco duros..
- ADRIAN. (Ap.) No, no, lo que es eso... (Alto.) Y bien, sí señor, la conocemos. ¿Y qué tenemos con eso?
- PEP. No, hasta ahora no tenemos nada; pero quiero tener por vuestra mediacion noticias..
- ADRIAN. (Receloso.) Usted viene á seducirnos.
- PEP. (Con extrañeza.) Eh?
- LUISA. (Vivamente.) Ah!... ¿Usted quiere seducirnos?
- PEP. Lo que yo quiero es que vosotros procureis averiguar...
- ADRIAN. (Interrumpiendo.) Usted es un tunante.

- PEP. (Amostazado.) Cómo... (Mirando á Luisa.)
LUISA. Usted es un indecente!
PEP. (En actitud de irse á Adrian.) ¡Cómo tunante?
ADRIAN. Sí señor; y esto se lo digo á usted con los mejores modos, ántes de reventarlo de un puñetazo.
PEP. (Largándole un sopapo.) ¿Qué insolencia es esta?
ADRIAN. (Retrocediendo.) ¡Caballero!...
PEP. (Dando un puntapié á Luisa.) ¿Conque yo soy un indecente?
LUISA. (Chillando.) Ay!... ay!...
ADRIAN. Usted es un seductor!...
PEP. (Á bofetadas con ambos lleno de ira.) Yo tunante, eh?
LUISA. (Chillando.) Sí señor, un pilluelo.
PEP. (Siguiendo el mismo juego.) Yo pilluelo, ¿eh?...
ADRIAN. Sí señor, socorro, fuera de aquí!
LUISA. (Gritando.) Fuera de esta casa, libertino! ..
PEP. (Colérico reparte bofetadas y puntapiés á derecha é izquierda.)
Canario! ¿Cómo se entiende? (D. Amalio sale del departamento de Julia; ve lo que pasa, cierra precipitadamente la puerta y al mismo tiempo recibe uno de los sopapos que reparte Pepito.)

ESCENA V.

DICHOS, D. AMALIO.

- AMALIO. (Ap.) Él aquí!... diablo!... (Alto.) Eh!... chis!... órden: ¿qué pasa aquí?... (Recibe el bofetón.) Cáscaras!... ¿Qué es esto?...
- PEP. (Conteniéndose, pero jadeante de cólera.) Ah! ¿Le he dado á usted un bofetón eh?... Lo siento, pero me alegro.
- AMALIO. (Asombrado.) Cómo?
- PEP. Así aprenderá usted á tener criados decentes, que no falten al respeto de...
- AMALIO. ¿Qué está usted diciendo? Mis criados se han atrevido á faltar... (Dirigiéndose á ellos irritado.) ¿Qué habeis hecho, estúpidos?... (Ellos retroceden.)
- ADRIAN. ¡Como usted dijo que habia moros en la costa!...
- LUISA. Y como este moro ha querido seducirnos!...
- PEP. (En ademan de volver á pegar.) ¿Está usted oyendo, hom-

- bre? Está usted oyendo? Tengo yo facha de moro ni de...
- AMALIO. (Irritado.) Pero señor, ¡qué bárbaros sois!... ¡Que siempre habeis de hacer las cosas mal!... ¿Qué tiene que ver este caballero con... con... con todo lo que yo os he dicho?...
- ADRIAN. Yo! ¡como usted dijo!...
- AMALIO. (Interrumpiendo.) Yo no he dicho nada...
- LUISA. Sí señor; usted nos previno...
- AMALIO. (Interrumpiendo.) Pero no se trataba de este caballero, (Ap.) ¡Todavía me van á comprometer!... (Colérico.) Fuera de aquí... ¡Pues no faltaba más... confundir á este caballero... porque este caballero es otro yo; entendeis?... En todo lo que os mande, le servireis como á mi misma persona: es el hijo de un amigo mio...
- ADRIAN. Ya!
- LUISA. Eso es otra cosa.
- ADRIAN. Nosotros creíamos...
- AMALIO. Fuera de aquí, digo.
- ADRIAN. Usted perdone. (Á Pepito.)
- LUISA. Nosotros pensabamos... (Inclinándose.)
- AMALIO. (Interrumpiendo.) Basta, repito. Fuera de aquí... (Ap.) ¡Señor, qué gana de decirlo todo y de comprometerme!... (Salen Adrian y Luisa.)

ESCENA VI.

D. AMALIO y PEPITO.

- AMALIO. ¡Diablo de gente!... ¡Si los criados parecen hechos de otra masa!... Figúrese usted que les digo «ojo, que hay muchos rateros y sé que andan rondando la casa: no os dejeis sorprender ni seducir...»
- PEP. (Cargado.) Y los muy bárbaros, me toman por... ¿Pues no me han visto aquí esta mañana?
- AMALIO. Eso digo yo!... ¿Pues no le han visto á usted aquí esta mañana? Sino que todo lo convierten en sustancia... Pero en fin, esto, no volverá á suceder. Ya ha oido us-

- ted que les he encargado que lo traten y obedezcan como á mí mismo.
- PEP. (Templándose.) Sí, ya lo he oído: muchas gracias: yo no abusaré: yo soy incapaz de... (Con cierta vaguedad cómica.) Estoy desesperado, señor de... estoy desesperado... quisiera matar á alguien.
- AMALIO. (Retrocediendo receloso.) ¡Canario!..
- PEP. No la he visto. (Acercándose á él vivamente.)
- AMALIO. Eh? ¿no la ha visto usted?
- PEP. No la he visto: el bárbaro del tutor debe de haber regresado de la Mancha. ¿No le parece á usted?
- AMALIO. (Con cierta intencion maliciosa aunque receloso.) Sí... sí, es posible puesto que usted no la ha visto...
- PEP. Y como él estaba para llegar... Oh!... quisiera saberlo.
- AMALIO. Para qué, hombre, para qué?
- PEP. Quisiera saberlo... y encontrármelo en la calle; y que uno me dijera: «ese es»... (En ademán de sacudirle.) Del primer...
- AMALIO. (Retrocediendo.) Hombre!...
- PEP. Hoy estoy templado, señor de... y cuando yo estoy templado...
- AMALIO. (Ap.) ¡Canario! ¿Qué hará este mozo cuando se temple?
- PEP. En fin, yo quiero verla.
- AMALIO. Eso es muy justo, si señor.
- PEP. Y usted me va á proporcionar ese gusto.
- AMALIO. (Deseconcertado.) Eh? (Ap.) Sabrá este mozo...
- PEP. Usted me va á dar un consejo.
- AMALIO. (Respirando.) Ah!.. usted quiere un consejo!
- PEP. Usted es mi guía, mi Mentor.—¿Qué debo hacer en este caso? Yo he paseado la calle, arriba y abajo, y abajo y arriba; he mirado á sus balcones y he vuelto á mirar... y nada. He silbado una habanera y un tango... y nada. He armado una disputa con un cochero, otra con un aguador que iba por la acera de enfrente...
- AMALIO. Y nada?
- PEP. Nada, señor de... ¡Nada! Hasta he subido á la puerta de

- su domicilio, he llamado al ventanillo y... ¡nada!
- AMALIO. Ya!... (Ap.) Como que lo he clavado!
- PEP. Vamos á ver, ¿qué haria usted en mi caso? ;Porque usted haria algo en mi caso!
- AMALIO. (Vivamente.) Pues ya se ve que haria, sí señor!... (Ap.) Aquí de mi ingenio. (Alto.) Pues si yo fuera que usted me pasearía por ahí toda la tarde... calle arriba, calle abajo...
- PEP. Es que hace un frio...
- AMALIO. Bien, eso no importa. Andando... (Ap.) se cogen las pulmonías!
- PEP. Prosiga usted, prosiga usted.
- AMALIO. Al anochecer esperaria la ocasion de ver luz en su cuarto, y provisto de una piedra...
- PEP. Zás!... rompo los cristales, y al ruido...
- AMALIO. (Vivamente.) Eso es... al ruido... no puede ménos... (Ap.) de aparecer un agente de policia que te lleve al Saladero.
- PEP. (Dándole un abrazo.) Es una idea ingeniosa: es usted un hombre de talento. ¡Cómo se conoce que es usted hombre de mundo! Vuelvo, señor de... no voy á dejar un cristal á vida.
- AMALIO. (Alegremente.) Sí, sí, hombre; mientras mayor sea el estrago... (Viéndole salir.) más tiempo te tendrán en la cárcel.

ESCENA VII.

D. AMALIO solo.

Anda con dos mil demonios!... Vaya una visita más intempestiva! Este mozo ha venido á Madrid á hacer mi desesperacion. Si mis consejos le produjeran una pulmonia ó una causa criminal!... No, lo que es por mi parte he de procurar que toda la tarde se esté paseando... (Llama.) Julita! Julita! (Siguiendo su idea.) Y si lograra yo hacer que esta simple siguiera al pie de la letra mis instrucciones, ya daria él al diablo la hora en

que le ocurrió venir á pasar una temporada á la córte.

ESCENA VIII.

AMALIA, JULIA.

- JULIA. ¿Reñía usted con álguien?
- AMALIO. Sí, hija, sí, reñía con un moro... por eso cerré la puerta, porque los moros son así, tan atroces!..
- JULIA. Pues vea usted... á mí me había parecido la voz de... de aquel...
- AMALIO. La voz de aquel?... ¿Y quién es aquel?...
- JULIA. (Con cierto empacho.) El de los besos en la mano... y en el...
- AMALIO. (Irritado.) ¿Cómo tiene usted valor de recordar?...
- JULIA. (Asustada.) Ay! ay!...
- AMALIO. (Variando de tono.) No, no te asustes, Julita, no te asustes; yo no te riño, lo que hago es preguntarte, ¿cómo tienes valor de recordar...
- JULIA. Los besos de aquel?...
- AMALIO. (Esforzándose en contener su disgusto.) Bien, sí, los besos de aquel...
- JULIA. Pues ya se vé que tengo valor para recordarlos. ¿Cómo que me gustaban mucho!
- AMALIO. (Remedándola.) ¡Te gustaban mucho, ¿eh? ¡Mire usted qué demonio de gusto! (Con tono de reconvencion.) Pero ven acá, desventurada: ¿no te han enseñado las madres que eso de dejarte besar es una porquería, y ademas un pecado de los más gordos que pueden cometerse?
- JULIA. (Con suma sencillez.) No señor.
- AMALIO. (Exaltándose gradualmente.) No te han dicho que eso no puede hacerse sin arriesgar la salvacion?
- JULIA. (Asustada.) Ay!... no señor.
- AMALIO. No te han advertido que la mujer no debe dejarse besar sino cuando está casada?
- JULIA. (Vivamente.) Ay! pues cáseme usted inmediatamente!
- AMALIO. (Ap.) Canario, y qué prisa la ha entrado! (Alto.) Sí, hija, sí, de eso trato.

- JULIA. (Alegre.) ¿De veras?
- AMALIO. Pues pienso yo en otra cosa, hija mia?
- JULIA. (Alegremente.) Y diga usted... diga usted!... ya casada, podré yo volver los besos que...
- AMALIO. (Riendo de la inocencia de Julia.) Sí, hija, sí, pues no has de poder?... ¡Claro está! todos los que tú quieras... y ademas... (Ap.) Amalio!... ¡qué te estravias!... Esta conversacion inocente le pone á uno los dientes tan largos!...
- JULIA. (Vivamente.) Si viera usted cuánto me alegre!... Porque cuando él... me... vamos... me daban á mí unos deseos de pagarle del mismo modo...
- AMALIO. (Ap.) Cuerno! (Alto.) Ahí tienes tú! Esos deseos son los que están condenados por Dios, como inspirados por el diablo.
- JULIA. (Vivamente.) Bueno, bueno, pues cáseme usted cuanto antes.
- AMALIO. (Lo mismo.) Sí, hija, sí, lo más pronto posible.
- JULIA. (Con sumo gozo.) Ay! qué gusto! Cuánto se va á alegrar!
- AMALIO. ¿Quién?
- JULIA. ¡Él!
- AMALIO. (Desconcertado.) ¿Cómo, él?...
- JULIA. Pues claro! ¡Él! el de... el de... ¡él!
- AMALIO. (Airado.) Pero hija, si eso no puede ser! ¡Tú quieres por lo visto que te lleve el demonio! ¡Si eso no puede hacerse de casada!
- JULIA. (Con caloroso enojo.) ¿Pues no acaba usted de decir que la mujer no debe dejarse besar sino cuando está casada?
- AMALIO. (Cargado.) Sí señora; pero una mujer casada no permite esas cosas más que á su marido.
- JULIA. Pues bueno, ¿no va á ser mi marido?
- AMALIO. No señor. (Ap.) Vaya, hombre, qué chica más torpe!
- JULIA. Pues quién va á ser mi marido?
- AMALIO. Yo.
- JULIA. (Con frío asombro.) Usted?... Ay! ¡usted!
- AMALIO. Yo, sí, señorita, yo.
- JULIA. (Con disgusto.) Y usted va á ser el que...

- AMALIO. (Ap.) Ay! ¿Qué apostamos á que me llama feo?
- JULIA. (Con cierta pena.) ¡Yo pensaba que mi marido seria él!
- AMALIO. (Vivamente.) ¡Quiá, Julia, quiá! ¡Él! ¿Pero sabes tú quién es él? Él es un instrumento del demonio que sólo desea tu perdicion.
- JULIA. (Asustada.) ¿Qué me dice usted?
- AMALIO. Sí, Julia, sí, la perdicion de tu alma. Ese hombre es el mismo enemigo disfrazado de caballero particular.
- JULIA. (Santiguándose.) Jesus María y José! ¡Y á mí me parecia tan guapo!
- AMALIO. No le mires si no quieres perderte.
- JULIA. ¡Qué lástima!
- AMALIO. No escuches más sus palabras.
- JULIA. (Con vaguedad.) Eran tan dulces!
- AMALIO. Y si se obstina en perseguirte, despídele bruscamente.
- JULIA. (Tristemente.) Sí que lo haré.
- AMALIO. Y si es preciso, arrójale una piedra á la cabeza. (Ap.) Esto nunca está demas.
- JULIA. Una piedra, eh? (Con viveza.) Sí que se la arrojaré.
- AMALIO. (Vivamente.) De veras?
- JULIA. (Con energía.) Sí que se la arrojaré.
- AMALIO. Pues con eso y conque te aprendas de memoria lo que dice este papel, salvarás tu cuerpo y tu alma y alcanzarás la gloria eterna. (Se lo entrega.)
- JULIA. ¿Y qué es esto?
- AMALIO. Eso es todo lo que debe saber toda mujer casada para hacer la felicidad de su marido y su propia felicidad.
- JULIA. Bueno, yo lo aprenderé.
- AMALIO. Sí? Pues te dejo sola para que lo leas, para que lo medites y aprendas á ser una mujer de provecho.
- JULIA. Bien, vaya usted con Dios.
- AMALIO. (Tomándola una mano y besándosela.) Adios, adios!... ¡qué mano más bonita! (Ap.) Nada! es como la cera; con buena direccion todo puede imprimirse en ella.
- JULIA. (Ap. viéndole salir.) No, no; este no me ha hecho sentir lo que el otro.

ESCENA IX.

JULIA, pensativa.

¿Por qué me gustaba más que el otro me besara la mano?—¡Caramba! Y tener que casarme con este!—Bien es verdad que si el otro es el enemigo que no quiere más que mi perdicion... ¡Si yo supiera que no quiere mi perdicion! Yo se lo preguntaría de buena gana. ¿Pero cómo? Veré por este balcon que da á la calle misma á que dan los mios si puedo cumplirle mi palabra. Le he prometido salir! (Mira.) ¡Allí está más fijo que un poste! (Se retira.) Pero si don Amalio me ve hablar con él... y ahora que habrá salido á la calle... (Asaltada de una idea.) Ya sé; le escribiré, reñiré con él, le tiraré la piedra y en ella irá mi carta. ¿Por qué no he de saber yo si lo que quiere es mi perdicion? (Se sienta y escribe.)

ESCENA X.

DICHA, ADRIAN y LUISA.

ADRIAN. (Á Luisa.) Á mí me ha dicho que no la pierda de vista.

LUISA. (Á Adrian.) Y á mí tambien.

ADRIAN. Pues ya estamos á la vista.

LUISA. Eso digo yo.

ADRIAN. Ya ves que está escribiendo.

LUISA. No; ya no escribe, sino que está doblando un papel.

ADRIAN. Es verdad; lo dobla: es que va á hacer una pájara ó una montera.

LUISA. Y ahora se guarda el papel...

ADRIAN. Entónces es que no hace la pájara.

LUISA. No; ahora lee otro papel.

ADRIAN. Calla, á ver qué dice.

JULIA. (Que ha hecho lo que indica el diálogo, se levanta y lee en alta voz.) «Reglas que debe tener presente toda mujer casada.»

- ADRIAN. (Á Luisa.) Aplica el oído para cuando te cases conmigo.
- JULIA. (Reparando en ellos.) Ah! ¿estabais ahí? Me alegro; con eso me explicareis lo que yo no entienda en este papel que me ha dado el señor.
- LUISA. (Con curiosidad.) Ay, sí; lea usted, lea usted, señorita.
- JULIA. Bueno: sentémonos y oid. (Se sientan.)
- ADRIAN. Vaya!... pues empiece usted.
- JULIA. (Leyendo.) «Capítulo primero.—Toda mujer desde el momento que se casa debe renunciar á dos cosas; una exterior y otra interior; á saber, al afeitado y al miriñaque; porque la mujer que se afeita indica que quiere agradar á alguien más que á su marido; y la que gasta miriñaque, hace presumir que no le importa enseñar las pantorrillas á todo el mundo.»
- ADRIAN. (Con calor.) Eso está muy bien puesto ahí, señorita; porque lo que yo le digó á esta; ¿de qué sirve ese instrumento que no deja á una mujer sentarse á gusto, y que no permite que se incline á barrer sin peligro? ¡Si tuviera yo una onza por cada pierna de las que he visto por causa del miriñaque!... Y cuando un hombre ve ciertas cosas... vamos... le toman á uno tales antojos!...
- JULIA. Una cosa es la que no entiendo. ¿Cómo puede agradar á un hombre la mujer que se afeita? Pues no dicen que cuando uno se afeita le sale más recia la barba?
- ADRIAN. (Riendo.) ¡Jé!... jé!... ¡qué inocente es usted! Afeitarse quiere decir ponerse untos en la cara para parecer rubia, ó morena, blanca ó encarnada, bonita ó... no, fea no, siempre bonita; porque las mujeres quieren ser siempre bonitas... Y ya ve usted, los hombres siempre se arriman á lo bueno!
- JULIA. Ahora lo entiendo; es que á don Amalio no le gustaría...
- ADRIAN. Eso es; á don Amalio no le gustaría que nadie se arrinase á usted!
- JULIA. Pues prosigamos.—«Capítulo segundo.—La mujer casada no debe, cuando sale á la calle, alzar los ojos

»del suelo para no mirar á quien la mira; pues de la
»mujer que devuelve miradas, se dice que toma va-
»ras.»

ADRIAN. (Vivamente.) Eso quiere decir, que la mujer que mira
á un hombre que la mira á su vez, es que dice, *quiero*;
cuando el otro dice, *envido*. Cosa que yo remediare en
la *mia* dándola seis palos por cada vara que tome.

JULIA. (Prosiguiendo.) «Tampoco debe una mujer casada reirse
»con todo el mundo, ni tener bromas con nadie; por-
»que á la mujer alegre le retoza el diablo en el cuerpo,
»y de las bromas, se va fácilmente á las veras, con
»menoscabo de la honra.»

ADRIAN. (Vivamente.) Tambien eso está bien puesto ahí, si se-
ñora. Cuando yo veo que una mujer se rie mucho por
cualquier cosa, y da pie para que la dirijan bromitas,
digo para mí: «¡malo, malo! Esta está picada de la ta-
rántula.» Y ya ve usted, la picada de la tarántula sólo
se cura bailando, eh? Y el baile!... el baile!... no digo
nada del baile.

JULIA. «Capitulo tercero.—La mujer casada, debe tener pre-
»sente siempre que su marido la quiere solo para sí...»

ADRIAN. Pues lo que es hoy, no todas tienen eso presente.

JULIA. (Prosiguiendo.) «Por lo tanto, toda mujer honrada debe
»rehusar regalos de los hombres; porque en estos
»tiempos no se da nada por nada.» (Hablando.) Yo no
entiendo esto.

ADRIAN. (Vivamente.) Siga usted, señorita, siga usted, ya le ex-
plicaré yo lo que eso significa.

JULIA. (Leyendo.) «Para evitarse ciertos compromisos, no de-
»berá ir nunca á reuniones, porque las reuniones son
»el eterno foco de perdicion para las mujeres.—Pero
»á ser inevitable su asistencia á ellas, la mujer casada
»no debe nunca tomar parte en juego alguno; porque
»en cualquier juego, es fácil picarse, y más fácil toda-
»vía echar el resto.» (Hablando.) No; pues tampoco en-
tiendo yo lo que esto quiere decir.

ADRIAN. (Riendo maliciosamente.) Carape! Pues si todo eso está

- mas claro!...
- JULIA. Bueno; pues explicalo tú, á ver si lo entiendo.
- ADRIAN. Pues mire usted; eso de que en estos tiempos no se da nada por nada, quiere decir... (Titubeando.) El caso es que ello está muy claro; pero... y eso de que en el juego es muy fácil echar el resto, está mas claro todavía... porque como dijo el otro...
- JULIA. (Que está muy atenta.) ¿Quién?
- ADRIAN. El otro no es nadie; es un decir, como quien dice, uno que dijo...
- JULIA. Pues no te entiendo.
- LUISA. No, ni yo tampoco.
- ADRIAN. (Calor.) ¡Caramba!... ¡pues si está más claro que la luz! Pongo por ejemplo; yo doy á Luisa unas castañas de regalo, á cambio de unos higos. Pues bien, los higos que ella me da por las castañas que yo la doy, eso es lo que significa el no darse nada por nada. ¿No está esto muy claro? Pues echar el resto es lo mismo.
- JULIA. Ah, bien; echar el resto es dar todos los higos que una tiene ¿no es esto?
- ADRIAN. Eso es; poco más, ó poco ménos.

ESCENA XI.

DICHOS, D. AMALIO, que entra presuroso.

- AMALIO. (Entrando sofocado.) Ah!... respiro!
- JULIA. (Asustada.) Ay! (Á la vez.)
- LUISA. Jesus! (Id.)
- ADRIAN. Eh? (Id.)
- AMALIO. (Ap.) Está aquí!... ¿Pues cómo me ha dicho ese hombre que la ha visto asomarse detrás de los cristales? Yo averiguaré...
- JULIA. ¡Qué susto nos ha dado usted!
- AMALIO. (Alto y con tono muy agradable.) Hola!... ¿tan entretenidos estabais?
- ADRIAN. Sí señor.

- LUISA. Y como no esperabamos á usted tan pronto!...
- JULIA. Eso es; como no le esperabamos tan pronto, leiamos aqui el papel que usted me dió...
- AMALIO. Sí, eh!... Y qué tal?... ¿qué tal?...
- JULIA. Ya sé lo que es echar el resto!...
- AMALIO. ¡Cáspita!
- JULIA. Sí señor, me lo ha explicado Adrian.
- AMALIO. (Á Adrian.) Ya!... (Ap) ¡Cómo se lo habrá explicado este bárbaro?... (Alto á Adrian.) Conque tú lo has explicado...
- ADRIAN. Sí señor, sí; todo se lo he explicado...
- AMALIO. (Ap. á Adrian.) Y nó la has perdido de vista un momento?
- ADRIAN. Ni un minuto.
- AMALIO. ¿No se ha asomado á algun balcon?
- ADRIAN. ¡Quiá! Si hemos estado lo más entretenidos...
- AMALIO. (Ap.) Pues cómo aquel zascandil asegura que acaba de verla, y que si tarda en salir va á poner en práctica mi consejo? (Alto.) Á propósito: éntrate en las habitaciones de la señorita y cierra las maderas de los balcones, porque dicen que va á ver motin, y no es cosa...
- LUISA. (Asustada.) ¡Jesus!...
- ADRIAN. (Id) Demonio!...
- JULIA. (Con extrañeza.) ¿Motin?... Y qué es motin?
- AMALIO. (Tranquilizándola. Nada, hija mia, nada: motin es una especie de desahogo público, en el cual suelen pagar el pato los cristales.
- JULIA. (Vivamente.) ¡Ay!... pues voy á cerrar.... (Dirigiéndose al balcon.)
- ADRIAN. Y yo tambien.
- AMALIO. Sí, pero escucha: despues de cerrar te bajas á la calle, y será bueno que avises al primer municipal que veas, para que eche mano á cualquiera que arroje proyectiles á nuestra casa.
- ADRIAN. (Saliendo.) Voy volando.
- LUISA. (Id. por el fondo.) Yo voy tambien á las habitaciones interiores y cerraré todo lo que encuentre abierto.

- AMALIO. Sí, sí, no perdais momento. (Ap.) Me alegraría que un municipal echase mano á ese mequetrefe... (Reparando en Julia que está al balcon.) Pero niña! niña!... ¿qué haces ahí?...
- JULIA. (Volviendo el rostro alegremente.) Es que está ahí... y me mira... y me tira besos con la mano.
- AMALIO. ¡Oh! tunante!... Por lo visto sigue en su propósito de perderte! Métete dentro! no le mires!... Recuerda que es el enemigo disfrazado de caballero particular!
- JULIA. Ay, Dios mio!... Si es tan guapo, y me gusta tanto verle!...
- AMALIO. Pues esta es la ocasion de mostrar una energía saludable, si es que no quieres perder tu alma.
- JULIA. (Con sentimiento.) Bien, pues... qué quiere usted que le diga?
- AMALIO. Llámale con la mano.
- JULIA. (Haciéndole señas.) Ya viene.
- AMALIO. Está cerca?
- JULIA. Sí, aquí está, casi debajo del balcon.
- AMALIO. Pues ve repitiendo lo que yo te diga. «Usted me compromete.»
- JULIA. (Repitiendo.) Usted me compromete.
- AMALIO. «Sé que usted quiere perderme.»
- JULIA. (Id.) Sé que usted quiere perderme.
- AMALIO. «No quiero que pase usted más por esta calle.»
- JULIA. (Id.) No quiero que pase usted más por esta calle.
- AMALIO. «Ni que mire á mis balcones.»
- JULIA. (Id.) Ni que mire á mis balcones.
- AMALIO. «Ni que haga más el oso.»
- JULIA. (Volviendo á D. Amalio.) No, eso no se lo digo. Por qué quiere usted que le llame oso?
- AMALIO. Anda, hija, anda; no te pares en pelillos. Dile: «Yo no lo quiero á usted.»
- JULIA. (Haciendo el mismo juego.) No, tampoco le digo eso.
- AMALIO. Pero hija, considera que es el mismo enemigo. Tírale al ménos una piedra y cierra el balcon al momento.
- JULIA. Bueno, eso es otra cosa; déme usted la piedra.

- AMALIO. Espera, voy á darte un sujeta-papeles... y apúntale bien á la cabeza. (Mientras D. Amadeo busca lo que dicea, Julia saca la carta que tiene en el bolsillo y la deja caer vivamente.)
- JULIA. (Reparando por el balcón.) Ya la cogió!
- AMALIO. Toma, hija, toma: haz buena puntería, que como le des en el centro de la cabeza, no volverá más á molestarte.
- JULIA. (Arrojando el sujeta-papeles.) Allá va eso!
- AMALIO. Le has dado, hija, le has dado?
- JULIA. Sí, señor; le he hundido el sombrero.
- AMALIO. (Alegremente.) Pues cierra ahora el balcón, cierra.
- JULIA. (Cerrándolo.) Ya está: qué más quiere usted?
- AMALIO. (Abrazando á Julia.) Eres un ángel, hija mía, eres un ángel! Con estas indirectas no temas ya las asechanzas de ese demonio tentador! (En este momento suena el ruido de un cristal hecho pedazos)
- JULIA. (Asustada.) Ay, Dios mio!... el motin.
- AMALIO. (A.p.) ¡Cáspita!... el bárbaro siguió el consejo al pie de la letra. (Alto.) Anda, hija, anda: vete á tu habitación y no tengas miedo. (La voz de Adrian en la calle.) Á ese, á ese, que ha roto un cristal!.. (Varias voces desde la calle.) ¡Pícaro! ¡Cogerle!... Que lo lleven al Saladero!...
- JULIA. (Asustada.) Ay, Dios mio! Si le habrá cogido el motin en la calle?
- AMALIO. (Riendo.) No, hija mia, no; no tengas cuidado. Éntrate en tus habitaciones.
- JULIA. (Yéndose.) Ay, Dios mio, Dios mio! Estoy muerta de miedo!
- AMALIO. (A.p.) Pues señor, salió lo que pensaba. Esta noche duerme en el Saladero.

ESCENA XII.

AMALIO.

El caso es que quien va ganando en todo esto es el vi-driero y quien lo paga es mi bolsillo. Pero, ¿qué im-

perta?... Con las indirectas de la niña y la insinuacion que le ha hecho de despedida, creo que no le quedarán ganas de volver á rondarla la calle. ¡Dios mio! Se me ha quitado un peso de encima!...

ESCENA XIII.

D. AMALIO, PEPITO, que entra muy sofocado.

PEP. (Entrando.) Por fortuna he encontrado la puerta abierta.

AMALIO. (Asombrado.) ¡Demonio! ¡qué es esto?

PEP. (Tambaleándose.) Deme usted una silla, señor de... señor de...

AMALIO. (Acudiendo á él con una silla.) Qué le ocurre á usted, hombre, qué le ocurre á usted!

PEP. Espere usted que me sosiegue; he corrido como un gamo... y apenas puedo respirar.

AMALIO. (Yendo á la puerta por donde ha salido Julia.) Bueno, hombre, bueno... Tranquílcese usted mientras yo cierro esta puerta... (Ap.) No vaya á esta á darle la gana de aparecer...

PEP. No... no es esa la puerta que usted debe cerrar... sino la de la escalera; creo que la he dejado abierta... y si el que me seguía me ha visto entrar, sabe Dios lo que puede sucederme.

AMALIO. (Cerrando la puerta del fondo.) ¡Canario, hombre! Pues qué demonios ha hecho usted?

PEP. Yo estaba ahí... en la calle que está á la espalda y en el mismo punto que usted me dejó hace poco. Como dije á usted, yo esperaba á que ella saliera al balcon segun me había ofrecido pocos momentos ántes. Usted me dejó súbitamente, como asaltado de un pensamiento interesante y yo continué con mi corazon puesto en ella y mis ojos puestos en los cristales de su mirador. Desde la última aparicion habian trascurrido muchos minutos, quizás más de un cuarto de hora, y ya empezaba á impacientarme y á acariciar la idea de romper los cristales que me la ocultaban, cuando de repente

el balcon se abre y aparece como un rayo del sol la que es imagen de mis deseos. Yo estaba en la acera de enfrente y á su llamamiento me adelanté seis ú ocho pasos hasta colocarme debajo de su balcon. ¿Pero cuál no seria mi asombro cuando al levantar mis ojos para expresarle mi amor y mi gratitud, oigo que me dice en son de enojo: «¡Usted me compromete! ¡sé que usted quiere perderme! ¡no quiero que pase usted más por esta calle!»

AMALIO. (Afectando asombro.) ¡Hombre, hombre!

PEP. (Continuando.) «Ni que mire á mis balcones!» Y aquí se interrumpió volviendo la cabeza como para interrogar á alguno que la dictaba frases tan delicadas como las que usted acaba de oír.

AMALIO. ¡Hombre! eso pica en historia.

PEP. Yo no he querido hacerla el agravio á la que es imagen de mis sueños, de sospechar que espontáneamente pudiera producirse de una manera tan inconveniente, y dije para mí: sin duda debe de estar bajo la presión de un tirano; por ahí debe de andar el bárbaro del tutor.

AMALIO. (Ap.) Vaya si son flores las que me regala este hombre! (Alto.) Usted cree...

PEP. (Interrumpiendo vivamente.) Si señor, creo que detrás estaría el bárbaro que la esclaviza, porque de repente, inclinándose á mí y diciéndome: «coja usted eso,» me dejó caer un papel que yo recogí lleno del mayor entusiasmo, murmurando para mis adentros: «En este papel debe venir vaciada su alma angelical!»

AMALIO. (Ap.) ¡Canario! eso es nuevo.

PEP. (Siguiendo.) Pocos minutos despues me arrojó un *sujeta-papeles* de cristal que á no evitarlo el sombrero, me hubiera levantado un chichon en la mollera.

AMALIO. No, pues no son ciruelas las que regala esa niña.

PEP. Yo no se si esto fué puramente casual; quiero creerlo; pero volvió á cerrar las vidrieras dándome, como suele decirse, con la puerta en las narices, y me quedé en la calle como quien ve visiones.

- AMALIO. (Vivamente.) Lo comprendo bien; pero ¿qué decía ese papel?
- PEP. (Continuando.) De repente me ocurrió que ella podía haberse retirado á excitacion del bárbaro que la esclaviza, y que el susodicho bárbaro podía haberse quedado detrás de los cristales para observar el efecto que no podía ménos de haberme causado semejante escena. Esta idea me hizo levantar el brazo indignado, y con el ímpetu de un ariete, ¡zás! arrojé una piedra á los balcones, y ¡prrrrum! abajo los cristales! Entónces la mano vigorosa de un hombre que gritaba «á ese! á ese! que ha roto unos cristales,» se asió fuertemente al cuello de mi levita; pero yo le volví un revés de padre y muy señor mio que le tendió en la calle cuan largo era. Apelé á la fuga, doblé la esquina, me entré azorado en esta casa, y vengo á decirle: Señor de... señor de Toro, usted es mi Mentor; usted es mi guia, usted es mi consejero, usted es mi ninfa Egeria; ¿qué debo hacer en este caso?
- AMALIO. (Ap.) Pues señor... me ha venido Dios á ver con este caballero.
- PEP. (Levantándose airado.) Yo deseo averiguar quién es ese bárbaro de tutor, yo quiero conocer á ese tutor, yo quiero comerme vivo á ese tutor.
- AMALIO. (Ap.) ¡Cáspita! pues seria capaz de hacerlo como lo dice.
- PEP. Aconséjeme usted, hombre, aconséjeme usted; pero no, ántes de aconsejarme, veamos lo que ella me dice en el papel que dejó caer desde el balcon.
- AMALIO. (Interrumpiéndole vivamente.) ¡Hombre, sí!... eso me parece muy bien; sepamos ántes lo que ella dice, porque acaso por el hilo se saque el ovillo. Lea usted, lea usted á ver lo que dice.
- PEP. (Sacando la carta.) Pues dice así: «No sé qué agente que siento dentro de mí me obliga á escribirle esta carta.»
- AMALIO. (Ap.) Un agente interior!... Hola! Hola!

PEP. (Siguiendo.) «Un hombre que se interesa mucho por mí desde niña, y á quien he contado cuanto ha pasado entre nosotros, me dice que usted no me quiere, que usted pretende burlarse de mí, y que desea mi perdición, asegurándome que es usted el enemigo disfrazado de caballero particular. Yo no me resuelvo á creerlo, porque mi corazón me dice que usted no puede querer mi perdición. ¿Qué daño le he hecho á usted para que sólo desee perderme? ¿No le he saludado á usted siempre que ha pasado por delante de mis balcones? ¿No he salido al ventanillo cuando usted ha querido hablarme? ¿No le he abierto á usted la puerta para darle el vaso de agua que podía calmar su sed? ¿Le he retirado la mano que usted besaba con tanto ahinco? ¿Pues por qué he de creer que en cambio de todo esto usted quiere burlarse de mí? ¡Y si viera usted cuánto pienso en esas cosas! No hay noche que no sueñe con ella. Este buen hombre...»

AMALIO. (Ap.) Ay, qué me llama buen hombre!

PEP. (Siguiendo.) «Me ha dicho que no debe pensar en estas cosas, sino cuando una mujer es casada: yo le he dicho que me case al momento, y él me ha respondido que de eso trata; pero cuando yo creía que me casaría con usted, ahora salimos con que es con él con quien debo casarme; cosa que me ha disgustado mucho, porque así como usted me parece muy guapo, él me parece muy feo.»

AMALIO. (Ap.) ¿Eh? No dije que me llamaria feo?

PEP. (Siguiendo.) «Así, pues, dígame usted la verdad, que aunque él me dice que no le mire á usted, que le despidiera bruscamente y que le olvide por completo si quiero salvar mi alma, yo confieso que no puedo dejar de mirarle, ni podré darle al olvido. Si usted no es el enemigo, dígamele francamente y haga usted lo que pueda por arrancarme de las garras de este monstruo, á quien aborrece su amiga afectísima y apasionada.—Julia.» (Los dos se miran á la vez demosttran-

- do en el gesto la diversa impresion que les ha producido la lectura de esta carta.)
- AMALIO. (En el colmo del asombro, pero conteniendo su cólera.) ¡Habrás visto cosa como ella!
- PEP. (En el colmo de la alegría.) ¡Eso digo yo! ¡Ha visto usted mujer como ella?
- AMALIO. (Sin poder contenerse.) ¡Una chica tan simple!
- PEP. (Vivamente.) Eso es, una chica que parece simple, pero que expresa muy bien todo lo que siente.
- AMALIO. Sí, señor, demasiado bien. Quién enseña todas esas cosas á las mujeres?
- PEP. El amor, hombre, el amor; si eso no hay que preguntarlo. No ha visto usted una comedia que se titula: *Buen maestro es amor ó la niña boba*? Pues esto es una cosa parecida.
- AMALIO. ¡Pícaro! ¡Pícaro!
- PEP. Verdad que tiene gracia esto de estarse burlando en las mismas barbas del tutor cuando este creía que la niña seguía al pie de la letra sus consejos?
- AMALIO. (Conteniendo su cólera.) Sí, hombre, sí; tiene muchísima gracia.
- PEP. (Insistiendo.) Confíese usted que esto tiene mucha gracia!
- AMALIO. (Vivamente.) ¡Dale! Pues no he dicho á usted que tiene muchísima?... (Ap.) Lo que es á mí me hace tanta gracia como si me arrancaran las muelas.
- PEP. Ya ve usted que le llama feo.
- AMALIO. Bien, sí señor, basta de análisis.
- PEP. Y le llama monstruo!...
- AMALIO. (Cargado.) Hombre!... déjese usted de comentarios.
- PEP. Y dice que le aborrece!...
- AMALIO. ¡Hombre!... (Ap.) Me parece que voy á hacer algo con este mozo.
- PEP. No decía yo á usted que detrás estaria el bárbaro del tutor?
- AMALIO. (Para estallar.) ¡Jun! (Ap.) Tengo frita la sangre.
- PEP. Pues vea usted cómo me he salido con la mia.

- AMALIO. (Con mucho calor.) ¡Hombre, bien! Sálgase usted con todas las que quiera! Pero salga usted de una vez de ese demonio de carta.
- PEP. ¡Tiene usted razon! Vamos al caso. El caso es que ella está en las garras del monstruo. ¿Qué debo hacer para sacarla de esas garras?
- AMALIO. (En son amenazador) Para sacarla de esas garras, ¿eh? (Ap.) Me parece que lo que yo voy á hacer es sacarte el alma más pronto que lo digo.
- PEP. (Asaltado de una idea.) ¡Ah! No me aconseje usted nada; ya sé lo que debo hacer. (Como ratificándose en su idea.) Sí, eso es, ya sé lo que debo hacer. (Toma el sombrero y se dispone á salir precipitadamente.) Ya sé lo que debo hacer. Abur.
- AMALIO. (Alarmado conteniéndole.) ¿Qué es lo que va usted á hacer? ¿Qué va usted á hacer?...
- PEP. Nada, nada... á su tiempo lo sabrá usted. Abur.
- AMALIO. (Conteniéndole.) Espere usted, hombre, espere usted. Usted va hacer alguna barbaridad.
- PEP. Sí, señor, voy á hacer una barbaridad, y gorda.
- AMALIO. (Torlo aturrullado.) Una barbaridad, ¿eh? (Ap.) ¿Qué barbaridad será esa? (Alto.) Cuidado, caballero, cuidado.
- PEP. (Interrumpiendo.) No, no, si cuento con usted para hacerla.
- AMALIO. (Asombrado.) ¡Hombre... conmigo! (Ap.) Eso sí que tendria que ver!
- PEP. Sí, señor, sí, cuento con usted; ya lo sabrá usted á su tiempo. Abur.
- AMALIO. (Queriendo contarle.) Pero, escuche usted...
- PEP. (Desde la puerta.) Vuelvo, abur.

ESCENA XIV.

AMALIO, solo.

Pues señor, bien. Á mí sí que puede decirseme, crai cuervos y te sacarán los ojos! (Llamando.) ¡Julia! ¡Julia! La voy á confundir. ¡Recoja usted una muchacha, co-

mo quien dice en medio del arroyo! ¡Haga usted por ella lo que no haria por una hija! ¡Secuéstre la usted del mundo para impedir que la inficione el aire corrompido de esta sociedad, y en pago de tanta solicitud y de tanto cuidado, oígase usted llamar feo y monstruo!... (Casi desesperado.) Hombre, si estoy por darme de calabazadas contra la pared! (Gritando.) ¡Julita! ¡Julita! (La voz de Julia dentro.) Allá voy! allá voy!

ESCENA XV.

D. AMALIO y PEPITO que entra de repente.

PEP. Ah! se me olvidaba...

AMALIO. (Ap.) ¡Canario! (Yendo á la puerta por donde debe salir Julia.) Espera, espera, no salgas todavía.

PEP. Qué es eso, ¿interrumpo?

AMALIO. (Maquinalmente.) No, no... es decir, lo que es interrumpir...

PEP. Usted está turbado; usted no sabe lo que se dice; usted hablaba aquí con alguien; usted tiene un trapicheo.

AMALIO. (Cargado.) ¡Qué demonios! No... ¡Yo hablaba con una cotorra!

PEP. ¡Ah! Usted tiene una cotorra? ¡Me alegro! Vamos al grano. Se me olvidaba decir á usted que para plantear mi idea necesito diez mil reales.

AMALIO. (Asombrado.) ¡Hombre! Ha gastado usted ya los cuatro mil que le dí esta mañana?

PEP. No señor; pero el amor trae muchos gastos consigo, y al bajar la escalera, he reflexionado que tengo necesidad de diez mil reales.

AMALIO. (Empujándolo hácia la puerta.) Bien, pues cuente usted con ellos: yo se los enviare.

PEP. Corriente, abur, cuento con usted.

ESCENA XVI.

D. AMALIO, solo.

Este hombre me va á matar á puro disgusto! (Llaman do.) ¡Julia! ¡Julita! (La voz de Julia dentro.) ¿Puedo ya salir?...

ESCENA XVII.

D. AMALIO, y PEPITO.

PEP. (Entrando.) Perdone usted, perdone usted, se me olvidaba.

AMALIO. (Yendo otra vez á la puerta de Julia y respondiendo á la pregunta de esta en alta voz.) ¡Todavía no! ¡todavía no!...

PEP. ¡Hola! ¿sigue usted matando el tiempo con su cotorra?

AMALIO. (Ap.) ¡Á tí es á quien yo necesitaba matar! (Alto.) ¿Pero qué demonio le vuelve á usted á ocurrir ahora?

PEP. Se me olvidaba dejar á usted mi tarjeta con las señas de mi casa, porque de otro modo no podría usted enviarme los diez mil reales.

AMALIO. (Muy cargado.) Bien, hombre, bien: ¡vaya usted con Dios!

PEP. Bueno, abur, ya sabe usted que cuento con usted.

ESCENA XVIII.

DICHOS, ADRIAN con una mano en la mejilla.

ADRIAN. Ah, señor! En mal hora me envió usted á la calle...

AMALIO. (Vivamente.) ¡Pst! ¡calla!... lo sé todo.

PEP. (Volviendo desde la puerta.) Ah! cédame usted este criado.

AMALIO. (Con extrañeza.) ¿Cómo?

PEP. Yo necesito este criado.

ADRIAN. Diré á usted lo que me ha pasado.

AMALIO. (Vivamenic.) ¡Hombre, no! si no necesito saberlo, si no quiero saberlo. No te he dicho que lo sé todo? (Á Pe-

bito.) Cargue usted con él, y lléveselo con dos mil diablos.

ADRIAN. Lo que usted no sabe es que está ahí don Felipe.

PEP. (Repitiendo.) ¡Don Felipe!... dice que tiene usted ahí á don Felipe.

AMALIO. (Cargado.) ¿Qué demonios me importa á mí don Felipe!

ADRIAN. (Con calor.) Es que dice que viene con la escritura en limpio...

AMALIO. Pues dí que se limpie... (Á Pepito.) Llévase usted á este hombre. (Á Adrian.) Adrian, vete con ese caballero; ya sabes que debes obedecerle como á mí mismo. ¡E! (Empujándolos hacia la puerta.)

PEP. Bueno, abnr. (Á Adrian.) Anda delante. (Á D. Amalio.) Ya sabe usted que cuento con usted.

ADRIAN. (Desde la puerta volviendo á D. Amalio.) Pero... ¿qué digo, á don Felipe?

AMALIO. (Fuera de sí empujándole.) Nada, hombre, nada; vete con Dios: dile que me he muerto! (Los echa y cierra la puerta.)

ESCENA XIX.

D. AMALIO muy cargado yendo á abrir la puerta de la habitacion de Julia.

Pero Señor, Señor... ¡no habrá quien me pegue un tiro!...

ESCENA XX.

AMALIO y JULIA.

AMALIO. (Cogiendo de una mano á Julia.) Ven acá, desventurada, ven acá!... Conque despues de todo lo que he hecho por tí... despues de todo lo que estoy dispuesto á ser por tí tienes valor de escribir cartitas á ese pollo sin alones y llamarme feo y apellidarme monstruo!...

JULIA. (Con la mayor sencillez.) ¡Calla! Ya lo sabe usted?

AMALIO. Y no lo niegas?

JULIA. Por quién lo ha sabido usted?

AMALIO. (Fuera de sí.) Por el demonio!

JULIA. (Asustada.) ¡Ay! ¡ay!... con qué usted tiene pacto con el demonio? Y quiere casarse conmigo!... No se acerque usted!... no se acerque usted! ¡*Vade retro* Satanás!... (Se entra en su habitación y da á D. Amalio con la puerta.)

AMALIO. (Llevándose la mano á las narices.) ¡Jesus! Jesus!... Esto solo me faltaba! Tras de aquello... desnarigado. (Se deja caer en una butaca sofocado.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

... of the ...
... of the ...

...

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

JULIA, LUISA.

- LUISA. No; pues si á mi me sucedieran esas cosas... lo que es yo, tendria resolucion para decirle: «busque usted su avio por otra parte, porque yo no quiero peinarme para usted.»
- JULIA. Verdad que sí?
- LUISA. Pues claro es! ¡Una muchacha más fresca y más bonita que una rosa!
- JULIA. Verdad que sí? ¿Verdad que soy bonita?
- LUISA. Caramba! ¡Pues si yo tuviera esa cara y ese aquel... ¡ya me tendrían á mi encerrada entre cuatro paredes!
- JULIA. Ya! eso digo yo: ¿por qué me tiene encerrada entre cuatro paredes?
- LUISA. Por nada! por temor de que otro huela el guisado, según dice Adrian.
- JULIA. ¿Qué guisado?
- LUISA. El guisado somos nosotras para los hombres, señorita: y el amo se lo quiere comer solo. Ya ve usted! Un hombre que apenas tiene ya dientes. ¡Vaya una alhaja

- de marido! ¡Va usted á pasar á su lado las víruelas!
- JULIA. (Asustada.) De veras? Ay, Dios mio! Pues bonita me voy á quedar!
- LUISA. Sí, bonita vida la espera.
- JULIA. (Ap. con despecho.) Dios mio! Y tener que pasar las víruelas, cuando con el otro... porque el otro rebosa salud y debe de estar vacunado ¿no es verdad?
- LUISA. Pues ya se ve que sí! ¿Por qué no se ha confiado usted ántes á mi?
- JULIA. ¡Qué sé yo! tenía miedo de que se lo dijeras á don Amalio. Y como le debo tanto!...
- LUISA. (Con enojo.) Le debo tanto! Vamos á ver. ¿qué le debe usted?
- JULIA. (Vivamente.) Ay, sí; eso sí, le debo mucho: me recogió cuando quedé huérfana.
- LUISA. No por caridad, sino porque era usted bonita y prometía ser la mujer que es hoy.
- JULIA. Sí, pero me hizo educar en las Salesas.
- LUISA. En donde solo la han enseñado el catecismo y á tener miedo al demonio.
- JULIA. Y luego me ha traído á su casa.
- LUISA. Sí, para no dejarla respirar, y para que usted sea su mujer, que es todo lo peor que á usted puede ocurrirla.
- JULIA. (Tístemente.) Sí, es cierto, lo peor; porque la verdad, yo no pienso más que en el otro; y pensando en él me ocurren unas cosas! Cuando le veo pasar por ahí, delante de los balcones, cuando siento su mirada clavarse en mis ojos, cuando le veo sonreirse de gozo y de amor, porque es amor todo lo que yo adivino en su semblante, siento el corazón agitado de un modo... Y me dan ganas de gritarle: «no te marches porque contigo vienen el aire y la luz para esta pobre prisionera»
- LUISA. Claro! Eso no se lo han enseñado á usted las madre de las Salesas; pero si eso le ocurriría á cualquiera!
- JULIA. Mucho más me digo. Si yo fuera él y él fuera yo, ya habría escalado el balcón para arrancarlo de una vez

- de las garras que la aprisionan.
- LUISA. Pues en igual situacion lo mismo se diria á sus solas cualquier madre de las Salesas.
- JULIA. ¿Verdad que sí? Yo no sé quién me inspira estas cosas; pero créeme, pensando en él hasta presumo que tengo talento.
- LUISA. ¿Pues quién lo duda? Si no hay cosa como el amor para hacer sábia á la mujer más tonta. (Suena la campanilla.)
- JULIA. (Asustada.) Ay!... él!... adios!...
- LUISA. (Con resolucion.) Señorita; si yo puedo hacer algo por usted, cuente usted conmigo.
- JULIA. Ah!... no; á la vista del tirano me vuelvo estúpida .. no me ocurre nada; adios, adios.
- LUISA. (Viéndole salir.) Comprendo el alelamiento del reo en presencia del verdugo. Vamos á ver quien llama.
(La escena queda un momento sola.)

ESCENA II.

LUISA, ADRIAN.

- ADRIAN. ¡Gracias á Dios!
- LUISA. Qué te ocurre para llegar tan agitado?
- ADRIAN. (Con misterio de un lado á otro.) ¿Ha vuelto el amo?
- LUISA. Aun no; ya sabes que iba á la vicaria y á la iglesia... y...
- ADRIAN. Respiro. Vamos á ver... ¿Quiéres casarte conmigo?
- LUISA. (Vivamente.) ¿Cuándo?
- ADRIAN. Mañana mismo.
- LUISA. Mañana?... ¿Te ha tocado la lotería?
- ADRIAN. Haz cuenta que sí.
- LUISA. Pues entónce; ¿por qué no esta noche?
- ADRIAN. (Con importancia.) Pero poco á poco, hija, poco á poco: es preciso ganárselo.
- LUISA. ¿Qué hay que hacer?
- ADRIAN. ¿Dónde está la llave de la puerta falsa?
- LUISA. ¿La de la habitacion de la señorita?
- ADRIAN. Sí, la de la casa de la espalda.

- LUISA. El amo la tiene.
- ADRIAN. (Contrariado.) ¡La tiene el amo!... Eso me contraria.
- LUISA. Cómo?
- ADRIAN. Porque entónces no podemos casarnos.
- LUISA. ¿Qué estás diciendo?
- ADRIAN. Lo que oyes.
- LUISA. ¿De veras?
- ADRIAN. Como que necesitabamos salir forzosamente por esa puerta para casarnos.
- LUISA. (Admirada.) Hombre!... ¿pues qué más da salir por la puerta de atrás que por la de delante?
- ADRIAN. Da mucho, da muchísimo. Como que al salir por esa puerta nos daremos de narices con la fortuna.
- LUISA. (Impaciente.) Caramba!... si quisieras explicarte...
- ADRIAN. Á eso voy: óyeme atenta y no pierdas una palabra.
- LUISA. Habla, que te escucho.
- ADRIAN. Pues señor; ya sabes que el amo me mandó seguir á ese jóven de la carta á quien desea que sirvamos y obedzcamos como á su misma persona.
- LUISA. Sí, ya lo sé.
- ADRIAN. Ya sabes tambien que ese jóven queria saber si conociamos á una señorita jóven, bonita, que ha estado en el colegio de las Salesas y que vive en la calle que da á la espalda de esta casa.
- LUISA. Sí, tambien lo sé; adelante.
- ADRIAN. Pues bien; ya sabes ademas que sospechando que queria seducirnos...
- LUISA. Sí, ya recuerdo los puntapiés...
- ADRIAN. Los recuerdas, eh? Pues qué dirás cuando sepas que nosotros teniamos razon, que sospechamos bien al sospechar que era un seductor?
- LUISA. (Con curiosidad.) ¿Qué me cuentas? Habla, hombre, habla, no te detengas.
- ADRIAN. Pues señor, salimos á la calle, echamos hácia abajo, doblamos la esquina á mano izquierda, entramos en la calle que da á la espalda, me puso frente á los balcones de la señorita y me preguntó: «Conoces á la se-

ñorita que vive ahí?»—Yo, así, vamos, un tanto escamado y como el que no quiere soltar prendas del todo, le dije:—«Sí señor, la conozco, ¿por qué lo pregunta usted.»—Y él me contestó.—«Porque yo amo á esa señorita, porque esa señorita me quiere á mí, porque quiero robar esta misma noche á esa señorita, y porque quiero casarme con esa señorita.»

LUISA. ¡Carape! Con la señorita Julia?...

ADRIAN. Cabal.—Figúrate la sorpresa que esto me causaría! Yo estuve por decirle: «Canario!... pues si es la novia del amo!...»

LUISA. (Vivamente.) ¡Ay! hubieras hecho muy mal.

ADRIAN. Eso mismo me ocurrió al punto. Y dije para mí: «Cuando el amo no se lo ha dicho, y por el contrario, nos mandaba estar ojo alerta, es que el amo tiene interés en ocultarlo.»

LUISA. Pues claro, hombre, pues claro.

ADRIAN. Así, pues, haciéndome el desentendido, y como si yo no tuviera que ver con la señorita Julia, dije á ese jóven que desea robarla:—«Conque usted la quiere y ella le quiere, y desea usted sacarla esta noche de casa y casarse con ella?»—Así es, me replicó ese jóven, y yo le contesté.—«Nada más fácil.»—¿Fácil, eh? añadió el jóven, no es tan fácil como te figuras; la cela un dragon que tiene más conchas que un galápago.—Y yo insistí.—«Repito que nada más fácil y yo me encargo de ello.»—¿Canario!... Decir esto, abrazarme loco de alegría, ponerme una onza en la mano y prometerme otras veinticinco para el momento en que realice mi promesa, todo fué uno.

LUISA. ¡Caramba! lo comprendo bien.

ADRIAN. Yo en seguida tracé mi plan; le he hecho meterse en un portal por si pasa el amo que no le tropiece, y le dicho solamente: «Aguárdeme usted aquí,» y he venido solamente á decirte:—«Quieres casarte? Pues dame la llave; ¿no la tienes?»—Pues es preciso buscar el medio de salir á la calle por esas veinticinco onzas, llevándome

nos de paso á la señorita Julia con pretexto de hacerla correr tiendas ó de ir á rezar un jubileo.

LUISA. Que mayor jubileo que decirle «Él la espera á usted?»

ADRIAN. ¡Cómo!... ella está dispuesta á...

LUISA. Pues claro, y yo también.

ADRIAN. (Asombrado.) Cómo que tú también?

LUISA. Pues ya se ve. Si ella está en situación capaz de arrojarse por una ventana!

ADRIAN. No, no; eso nos haría perder las veinticinco onzas, es preciso que salga por la puerta...

LUISA. Y acompañada por mí. Voy á prevenirla... (Aparece en el fondo D. Amalio.)

ADRIAN. (Deteniéndola.) No, espera; no la digas nada todavía; sería cosa de echarlo todo á perder. Como es tan simple... (Descubriendo á D. Amalio, que entra.) Ah! Canario!

LUISA. (Ap.) Ay, el amo! Se vino la casa encima.

ESCENA III.

DICHOS, D. AMALIO.

AMALIO. (Á Adrian.) Hola!... ya te ha soltado ese tarambana?

ADRIAN. Sí, señor; y mejor dicho, no me han soltado; soy yo el que le he dado esquinazo.

AMALIO. Sí, eh? Y por qué razón ó motivo? Vamos á ver, explícate, porque tú no te habrás venido sin un fundamento.

ADRIAN. Precisamente por eso, porque ese hombre no tiene chispa de fundamento.

AMALIO. ¿Cómo?

ADRIAN. Qué creerá usted que me he propuesto?

AMALIO. Hombre, quién puede adivinarlo? Él salió diciendo que tenía una idea; que contaba conmigo para realizarla, y al efecto me pidió que te pusiera á sus órdenes. ¿Quién es capaz ahora de adivinar?...

ADRIAN. Pues, ¡ásmese usted... Pretende robar á la señorita esta misma noche y llevársela por esos mundos de Dios,

- léjos, segun dice, del dragon que la oprime.
- LUISA. (Ap.) ¿Qué demonios está diciendo?
- AMALIO. (Atónito.) ¿Robar á la señorita?
- ADRIAN. Sí, señor, robarla esta misma noche para sacarla del poder del bárbaro... son sus palabras, del bárbaro que la...
- AMALIO. (Vivamente.) Pero le has dicho tú que ese bárbaro soy yo... (Corrigiéndose.) no, que yo soy el bárbaro que...
- ADRIAN. (Vivamente.) Quiá!... no señor: él no sabe que esta casa tiene que ver con la casa que habita la señorita, ni sospecha siquiera que usted es el bárbaro...
- AMALIO. (Pensativo.) Conque piensa robarla, eh? Sí, eso sí; será muy capaz de quererlo, pero de lograrlo...
- ADRIAN. Quién sabe!... El me lo aseguró de un modo, que lleno de temor y de zozobra lo dejé á las primeras de cambio para venir á prevenir á usted y para decir á Luisa... «ojo, no te apartes esta noche del lado de la señorita.»
- AMALIO. (Alarmado.) Hombre!... hombre!... tú crees que el peligro es tan inminente? ..
- ADRIAN. Le digo á usted que no las tengo todas conmigo. Esta queria ir á advertir á la señorita en el momento que usted llegaba; pero yo me oponia á ello porque acaso diciéndoselo podiamos espantar la caza.
- AMALIO. (Vivamente alarmado.) Canario! luego tú crees que ella puede estar en connivencia...
- ADRIAN. Pues quién lo duda? Sin que álguien le ayude por dentro, ¿es posible que se salga con la suya? Que Luisa no está en el ajo, ya lo ve usted; que yo no he de favorecerle, lo prueba el haberle revelado el secreto: usted tiene la llave de la puerta... luego ..
- LUISA. (Ap.) Ahora lo comprendo. ¡Cuidado si Adrian es tu-nante!
- AMALIO. (Muy alarmado.) Cáspita! tienes razon. (Asaltado de un pensamiento.) ¡Habrán podido sacar en cera el molde de la llave y... (Acude á un cajon y saca la llave.)
- ADRIAN. Eso es lo que yo temo.

- AMALIO. Pues en dejando puesta y torcida por dentro la llave, y quedándote tú de guardian, no es fácil que por fuera puedan abrir, aunque ese tunante sea más listo que Cardona.
- ADRIAN. (Con satisfaccion.) Canario; eso es lo que yo queria proponer. De modo, que yo en la puerta, Luisa en el cuarto de la señorita...
- AMALIO. Y yo por aquí entreteniendo y confundiendo á Julia... No... no... el que á mí me la dé... (Á Adrian.) Toma, toma la llave; ponla como te digo y di de paso á la señorita que la espero.
- ADRIAN. (Á Luisa.) Y, ojo, tú; no la pierdas de vista un momento. acompáñala á todas partes cuando llegue la ocasion... (Con intencion.) Has entendido?
- LUISA. (Vivamente.) Sí, sí; estoy al cabo de todo, y por mí...
- ADRIAN. Lo digo, porque á veces eres tan tonta...
- AMALIO. (Enternecido.) Bien, hijos, bien, así me gusta. ¡Ya vereis si yo sé recompensar vuestro celo! (Ap.) Ello sí, son brutos, pero leales!... (Sale Adrian.)
- LUISA. (Á D. Amalio.) Quiere usted que yo avise tambien á la señorita?
- AMALIO. No, no; quiero confundirla ante tí, para que sepa que estás en el secreto y que la hemos cortado la retirada.

ESCENA IV.

D. AMALIO, LUISA.

- LUISA. (Ap.) ¡El pobre hombre no sabe lo que le espera!
- AMALIO. (Ap.) Los criados fieles són descanso del amo, alegría del hogar y complemento de la familia!
- LUISA. (Ap.) ¿Quién podria sospechar que Adrian tenia tanto *pesquis!*
- AMALIO. (Ap.) Cómo me voy á complacer en humillarla!
- LUISA. (Ap.) El gozo que va á experimentar cuando se vea en medio de la calle!...
- AMALIO. (Ap.) Aquí está.

LUISA. (Ap.) Si yo pudiera hacerla comprender el peligro...

ESCENA V.

DICHOS, JULIA.

AMALIO. Venga usted acá, señorita, venga usted acá. ¿Se ha pasado ya el susto? ¿Sigue usted creyendo todavía que tengo pacto con el demonio?

JULIA. (Con timidez.) Sí señor.

LUISA. (Ap.) Chúpate esa!

AMALIO. Conque sigues creyéndolo?

JULIA. (Lo mismo.) Sí señor.

AMALIO. ¿Y por qué crees ese desatino, vamos á ver?

JULIA. Porque... porque... como yo no habia confiado á nadie lo que usted adivinó... aquello de la carta... porque no niego á usted que he escrito una carta...

AMALIO. (Con enojo.) Sí, en la cual me llamas monstruo y feo.

JULIA. (Con suma candidez.) Sí señor, es verdad. Y como él no puede habérselo dicho á usted y usted me dijo que lo sabia por el demonio...

AMALIO. (En el mismo tono.) Ya!...

JULIA. Por eso sigo creyendo que usted trata con el demonio.

AMALIO. (Ap.) El caso es, que para ser tonta no deja de raciocinar de un modo... ¡Vea usted á donde ha venido á anidarse la lógica! (Alto.) Y sin duda alguna por eso mismo quieres huir de mi lado; ¿no es esto?

JULIA. Sí señor.

AMALIO. (Airaño.) Y no lo niega!... ¿Habrás visto mayor desvergüenza?

JULIA. (En ademán de retirarse.) No, no: si usted se enfada, no contestaré á lo que usted me pregunte: usted y las madres me han enseñado á decir siempre la verdad.

AMALIO. (Sofocado.) Pues las madres han sido unas estúpidas y yo un bárbaro.

JULIA. (Con candidez.) Bien, no me opongo. ¿Quiere usted que mienta desde ahora?

AMALIO. Sí señora, que á veces la verdad hace más daño que una puñalada.

- JULIA. (Inclinando la cabeza.) Bueno, mentiré todo lo que usted quiera.
- AMALIO. (Con mucho calor.) No; si ya seria inútil! ¿Crees tú que no conozco yo tus proyectos?
- JULIA. Cuáles?
- AMALIO. Tus proyectos de fuga.
- JULIA. (Con extrañeza.) Yo!... ¡proyectos de fuga!...
- AMALIO. Sí, sí... Hazte ahora la hipócrita! ¿Vas á negarme que no tienes pactado huir con él esta misma noche?
- JULIA. ¿Yo? ¿Con quién?
- AMALIO. Con él!... Con el de... (Indica los besos.)
- JULIA. (Con naturalidad.) ¡Como si eso fuera posible!
- AMALIO. (Con más calor.) No, si es inútil negar, si es inútil mentir!... Pero lo sé todo.
- JULIA. Todo?
- AMALIO. Todo, sí señora, todo.
- LUISA. (Ap.) Sí; como siempre. Cuando este hombre dice que lo sabe todo, es que no sabe nada.
- AMALIO. (Á Luisa.) ¿Verdad que lo sé todo? Mejor dicho, ¿que lo sabemos todo?
- LUISA. Sí, señorito, sí, lo sabemos todo.
- JULIA. Pues cómo lo saben todo, si yo no sé nada?
- AMALIO. (Á Luisa en el colmo de su despecho.) Confúndela tú, mujer, confúndela tú: dila todo lo que sabemos, porque yo empiezo á perder los estribos y la paciencia... y el demonio que me lleve.
- LUISA. (Con intencion.) Sí, señorita, sí, lo sabemos todo: sabemos que ese jóven... el jóven que... vamos el que...
- JULIA. Prosigue.
- LUISA. Ese jóven tiene proyectado sacarla á usted de casa esta misma noche, para casarse con usted.
- JULIA. (Con alegría.) Ay!... ¿De veras?... No me engañes.
- AMALIO. (Ap. cargado.) Canario!... ¿Pues no se alegra la muy marmota, para disimular mejor sin duda?
- LUISA. No la engaño á usted, no, señorita; él quiere robarla á usted: el amo cree que usted querrá huir con él!...
- JULIA. ¡Ya se ve que sí!

- AMALIO. (Ap.) Dios mio! al oír esto me dan ganas de estrangularla.
- LUISA. Pero usted no podrá huir sola con él, porque yo estaré en todas partes donde usted esté, y no la dejaré á sol ni á sombra; y no solo seré yo su guardian, sino que Adrian, que está de centinela á la puerta de la calle, no permitirá que usted se deje llevar sola de ese caballerete, sin que lo lleven ántes á él.
- AMALIO. ¿Ves como lo sabemos todo?
- LUISA. Por lo demas ya sabe usted que yo estoy dispuesta á servirle en todo lo que pueda.
- AMALIO. Eh? ¿qué tienes que decirme ahora?
- JULIA. (Comprendiendo á Luisa.) ¿Conque él quiere sacarme de aquí? ¡Y yo que nada sabia!
- AMALIO. (Con ironía.) De modo que á saberlo, habrias consentido...
- JULIA. Pues claro que sí! ¡Y habria estado preparada!
- AMALIO. (Conteniendo su ira.) Uf! ¡Esto es insoportable! Pero por lo mismo no he de cejar yo en mi propósito, no señor: mañana mismo se han de celebrar nuestros esponsales. (Suena la campanilla.) Han llamado? Quién será á esta hora? (Á Luisa.) Vé á ver quién es.
- LUISA. (Saliendo, ap. á Julia.) Ánimo, señorita, que vamos á escaparnos en seguida.
- JULIA. (Ap.) Oh! Dios mio! ¿será cierto?

ESCENA VI.

D. AMALIO, JULIA.

- AMALIO. (Variando de tono y con ternura.) Pero vamos, Julia, ven acá: hablemos en razon. ¿Por qué no me quieres?
- JULIA. (Con sencillez.) Yo no lo sé.
- AMALIO. Bueno; pero si no sabes eso, sabrás por qué me aborreces.
- JULIA. No, tampoco lo sé.
- AMALIO. Tampoco, eh? Entónces ¿por qué amas al otro?
- JULIA. Eso me pregunto yo, ¿por qué quiero al otro más habiéndole tratado ménos?
- AMALIO. (Ap. conteniéndose.) Señor! ¿Se puede oír esto con pacien-

cia? (Alto.) Pero hija ¿qué demonios te ha dado ese hombre para que lo prefieras á mí?

JULIA. Pues eso es lo que yo me pregunto tambien á cada paso.

AMALIO. (Con enojo.) Y por qué no te contestas una sola vez?

JULIA. (Asustada.) Ay! ¡qué sé yo!

AMALIO. (Irritado.) Eso sí, tú no sabes nada; pero sabrias escaparte con él.

JULIA. Sí señor, eso sí.

AMALIO. (Colérico.) Pero señor, eso es lo que yo quiero que me expliques. ¿Por qué te escaparías con él?

JULIA. Qué sé yo! Porque me gusta.

AMALIO. (Remedándola.) Porque me gusta! porque me gusta (Irritado.) ¿Y por qué no te gusto yo?

JULIA. (Con enojo.) Ay, Dios mio! ¡qué sé yo!

AMALIO. (Casi en la desesperacion.) Pues eso es lo que yo quisiera comprender y no lo comprendo. Soy hombre como él, te amo más que él, he hecho por tí más que él, yo te acariciaré, te mimaré más que él, ¿qué demonios tiene él que lo quieres más que á mí?

JULIA. (Riendo.) Ay! yo no sé.

AMALIO. Canastos con la risa!

JULIA. Pero el caso es que si él me hablase como usted me haria llorar.

AMALIO. (Asebrado.) Hombre!

JULIA. (Siguiendo su risa.) Mientras que usted me hace reir siempre que me dice esas cosas.

AMALIO. (Ap.) Canario! ¡Es que me deja como la nieve con esas contestaciones!

JULIA. (Continuando.) Porque yo no sé qué tienen sus palabras para mí que me suenan tan bien y me conmueven hasta tal punto... ¿Por qué no me habla usted como él? ¿Por qué no se parece usted á él?

AMALIO. (Irritado.) Hombre! ¡Si dan ganas de matarla!

JULIA. (Humildemente.) Bien; si eso le complace á usted, puede matarme cuando guste. Pero como yo no sé mentir...

AMALIO. (Vivamente.) Dale!... (Variando de tono, ap.) El caso es

que tiene razon... y que ella se explica á las mil maravillas... y que yo debia andar en cuatro piés. (Se arroja desesperado en un sofá.)

ESCENA VII.

DICHOS, LUISA.

LUISA. Don Felipe...

AMALIO. (Sin hacer caso.) Anda, llévatela, acompáñala, no la pierdas de vista.

LUISA. No tenga usted cuidado.

JULIA. ¿Se queda usted disgustado?

AMALIO. Anda, hija, anda; qué se yo cómo quedo?

JULIA. Crea usted que si yo pudiera querer á usted...

AMALIO. (Vivamente.) Bueno, bien, vete, déjame solo, necesito estar solo.

JULIA. (Retirándose y volviendo luego.) Caramba, lo siento tanto! (Vivamente.) Crea usted que si yo pudiera...

AMALIO. (Con enojo.) Carapel!... No he dicho que quiero estar solo?

JULIA. (Yéndose asustada.) Ay!... ya me voy, ya me voy!...

AMALIO. Bueno, vete.

JULIA. Sí señor, ya me voy. (Á Luisa.) ¿Verdad que ya nos vamos? (Con intencion.)

LUISA. Sí, señorita, ahora nos vamos. (Id.)

AMALIO. (Fuera de sí.) Pues bien, acabad de iros.

JULIA. Abur; no diga usted luego que no me despido.

AMALIO. No, no digo nada; me doy por despedido. (De mal humor.)

JULIA. Pues abur!... abur!... (Saliendo.) abur!...

ESCENA VIII.

D. AMALIO solo.

Cualquiera que presenciase todas estas cosas, y se hiciera cargo de mi situacion, podria decir con razon sobrada: «¡Pero ese hombre no tiene vergüenza!»—Y

no es eso, no señor; no es más sino que me gusta la chica; y además estoy en cierto secreto que me hace confiar que en el porvenir ha de ser heredera de una gran fortuna. Pues si no fuese por esto ¿habría yo de sufrir que una estúpida... porque cuidado si es estúpida! Y luego dicen que la mujer mientras más sencilla é ignorante mejor. Sí señor, mejor para dejarse engañar y para hacer la desesperacion de su marido.

ESCENA IX.

D. AMALIO, que sigue hablando como si estuviera solo, y D. FELIPE, que interpreta sus palabras en sentido de la escritura dotal.

FELIPE. (Con unos papeles en la mano.) ¿Pues no creí haber perdido la escritura? (La busca sin ser visto de D. Amalio.)

AMALIO. El caso es realizar mi propósito y atar bien los cabos.

FELIPE. (Buscando entre los papeles.) No, lo que es por eso no tenga usted cuidado, que bien atados vienen.

AMALIO. Porque yo confío en que ha de asegurar una gran fortuna.

FELIPE. (Buscando.) Según la cantidad que se fije y que he dejado en blanco hasta que usted la designe.

AMALIO. Lo ménos que debe recibir son cuatro millones.

FELIPE. (Ap.) Sopla!... no lo creí tan rico! (Alto.) Pues voy á fijar la cantidad... (Busca tintero.) Aquí hay pluma.

AMALIO. Y en caso de terminarse la sociedad conyugal por defuncion de la contrayente...

FELIPE. Claro... se recupera el capital...

AMALIO. Los intereses tienen que considerarse bienes gananciales, y de todos modos deberé percibir...

FELIPE. (Interrumpiéndole.) No, los bienes gananciales los percibe el heredero directo en primer grado.

AMALIO. (Volviéndose á D. Felipe.) Eh?...

FELIPE. Digo que los bienes gananciales, correspondientes á la contrayente, no debe usted percibirlos *in integrum*, sino en participacion del...

AMALIO. (Interrumpiéndole.) Eh!... ¿qué sabe usted de eso?

- FELIPE. (Con extrañeza.) ¿Cómo que no sé?
- AMALIO. Claro, hombre, claro, usted no sabe una palabra de lo que digo.
- FELIPE. (Con gravedad.) Oiga usted, señor don Amalio; en materia de derecho no ha de enseñarme usted: yo he extendido la escritura con arreglo á... y sé que tendrá derecho á la devolución del capital de cuatro millones en caso de...
- AMALIO. (Vivamente.) Cómo cuatro millones?
- FELIPE. Sí señor, á los cuatro millones en que usted dota... pero en cuanto á los gananciales...
- AMALIO. (Cargado.) Pero qué demonios de galimatías está usted diciendo ahí? ¿De dónde saca usted esos cuatro millones?...
- FELIPE. No, el que ha de sacarlos es usted para que yo los vea y dé testimonio...
- AMALIO. (Asombrado.) Pero este hombre, se ha vuelto loco? De dónde he de sacar yo ese dinero?
- FELIPE. (Cargado.) Pues qué pretende usted? que yo dé fe de una dote que no he visto y que puede comprometer mañana...
- AMALIO. Hombre!... Quite usted de ahí!... Á mí si que quiere usted comprometerme. ¡Vaya, hombre! Sacar cuatro millones!
- FELIPE. Ah!... qué!... ¿usted no los presenta?
- AMALIO. Canario!... ¡que se empeñó el hombre!... Pues no faltaba más!...
- FELIPE. (Recogiendo los papeles) No?... Pues busque usted á otro notario que se encargue de certificar de esta superchería. Beso á usted la mano.
- AMALIO. Vaya usted con Dios, hombre, vaya usted con Dios.
- FELIPE. Beso á usted la mano.
- AMALIO. Yo beso á usted la suya!
- FELIPE. Y usted se casa!... Y con mujer jóven (Con desden.) y bonita... ¡y con dote supuesta!...
- AMALIO. (Asombrado.) Cómo con dote... (Airado.) Pero ¿qué le importa á usted, señor mio, qué le importa á usted?

FELIPE. (En son irónico.) No le arriendo á usted la ganancia!...

AMALIO. Eh?

FELIPE. (Despidiéndose. No le arriendo á usted la ganancia.—
Beso á usted la mano. (Sale.)

AMALIO. Vaya usted con dos mil de á caballo!

ESCENA X.

D. AMALIO solo y paseando.

Vaya, hombre!... Por fuerza este don Felipe se ha vuelto loco!... ¿De dónde habrá sacado que yo queria dotar en cuatro millones?... (Deteniéndose.) Ah!... ya sé!... ¡Como yo tengo esta costumbre de hablar alto, ha tomado el rábano por las hojas, y ha creído al oírme hablar de cuatro millones, que yo queria dotar en esa cantidad á mi futura!... ¡Sí; pues en verdad que la chica lo merece, cuando me aguarda cada disgusto!... Pues si no fuera por los papeles que encontré entre los de mi jardinero de Carabanchel, en los cuales he descubierto que la chica no era su hija sino de un señor de Castro que reside en América, rico, muy rico, segun él mismo manifiesta al encargarle que cuide mucho de la niña... pero ya se vé, siendo muy rica, debe ser heredera de su padre; y estando casada conmigo, yo seré realmente el heredero de su fortuna, porque ella es tan simple!... (Suena la campanilla de la calle.)

ESCENA XI.

D. AMALIO, ADRIAN.

ADRIAN. Tome usted. (Le da la llave.)

AMALIO. ¿Qué es esto?

ADRIAN. La llave de la puerta de la casa de la señorita.

AMALIO. Y por qué me la vuelves.

ADRIAN. Porque ya no hace falta.

AMALIO. No? ¿Estás seguro de que no han de abrirla?

ADRIAN. No señor: esté usted seguro de que ya no lo intentarán siquiera.

AMALIO. Más vale así. Y has visto si Luisa está con ella.

ADRIAN. Esté usted seguro de que no se apartará de ella un momento.

AMALIO. (Restregándose las manos de satisfacción.) Bravo!... Qué venga ahora ese mequetrefe... (Suena la campanilla.)

ADRIAN. No señor, no; ya no vendrá.

AMALIO. Pues mira á ver quien llama.

ADRIAN. Sí señor. (Ap.) Y ahora, la del humo! Cuando sepa lo que ocurre, se va á comer las narices de rabia.

ESCENA XII.

D. AMALIO solo y satisfecho.

Asegurado por esta noche, Dios dirá. Mañana volveré á ver á don Felipe; le aclararé este *quid pro quo*, y quedará la cosa concluida. Y luego... (Mirando al cielo.) Dios mío, la del otro; que no me salga torcido este negocio; y si me sale torcido, que no lo sepa; y si lo sé que no me importe nada. ¡Así viven tantos, tan bien y tan satisfechos!...

ESCENA XIII.

D. AMALIO y D. MANUEL, que grita desde fuera.

MAN. Á ver!... ¿por dónde se entra en su habitacion?

AMALIO. (Sobresaltado.) Eh? Esa voz!...

MAN. Sí, ya veo la luz.

AMALIO. Canario... la voz de mi amigo Manuel de Mendoza, el padre de ese don Pepito que Dios maldiga...

MAN. (Entrando.) Sí, aquí está; ya le veo: lo mismo que siempre... (Abriendo los brazos.) Amalio, mi querido Amalio!...

AMALIO. No, no me engaño. (Abrazándole.) Querido Manuel!...

MAN. Eso, así, un buen abrazo!... Cáspita! Si no pasan dias

por tí!...

AMALIO. Qué han de pasar, hombre, qué han de pasar?... Los que pasan son años, y disgustos que no faltan; y dentro de poco, si Dios no lo remedia, pasarán hasta carretas sobre mí.

MAN. Canario! ¡Pues nadie lo diría al verte tan coloradote y tan rollizo!

AMALIO. Ahí verás tú! Eso consiste en la naturaleza: yo tengo una naturaleza de sufrido.

MAN. Cómo?

AMALIO. Quiero decir, una naturaleza sufrida.

MAN. Ah, vamos, sí, una naturaleza resistente.

AMALIO. Eso; más resistente que un guarda-canton. ¿Y á qué debo la dicha de verte por aquí, tan de repente, sin avisar, sin dirigirme una mala carta?

MAN. Te lo diré en buenas palabras.

AMALIO. Siéntate, hombre, siéntate.

MAN. Será por poco tiempo, porque tengo que volver á casa del chico á quien también cogerá de sorpresa mi venida. Y como no lo he encontrado al llegar á su domicilio...

AMALIO. Hombre!... me alegro, porque tengo que decirte...

MAN. Sí, eh? ¿Te da mucho que hacer?

AMALIO. No lo sabes tú bien.

MAN. (Riendo.) Tiene un genio muy vivo; el mismo genio que yo; ya te lo decía en mi carta. Me alegro que sea así.

AMALIO. Hombre, ¿qué ha de ser tu mismo genio? Á su lado te quedas en mantillas.

MAN. (Riendo.) Sí, eh? me alegro, Amalio, me alegro. De tal árbol, tal astilla.

AMALIO. Sí, es verdad, sí, pero sepamos la razón de esta sorpresa.

MAN. Pues allá voy.—Habrás de saber que en el tiempo que hace que está aquí no me ha escrito más que una carta para decirme que llegó bueno y darme las señas de su casa.

AMALIO. Me lo explico bien; es el hombre más ocupado!... Todo

el día está en la calle... es decir, desde que vino no ha salido de una calle.

MAN. (Riendo.) ¡Jé!... ¡jé!... algún trapicheo!... me alegro, hombre, me alegro.

AMALIO. (Ap.) Canario! Éste se alegra de todo. ¡Señor, lo que embrutece á los hombres la vida de los pueblos! Cuidado si viene bruto!

MAN. Pues como iba diciendo, en vista de este silencio, en vista de una carta interesante que he recibido de Ultramar, y en vista, ó mejor dicho, queriendo conocer al nuevo rey, me dije anoche: «Manuel, mañana es preciso que vayas á Madrid.» Y aquí me tienes.

AMALIO. Ah, ya!... Con que te ha traído, más que nada, la curiosidad de conocer al rey?

MAN. No, Amalio, no; más que nada, lo que me ha traído es el intento de casar al muchacho.

AMALIO. (Levantándose sorprendido.) Eh?...

MAN. Le traigo una novia...

AMALIO. (En el colmo de la alegría.) Hombre!... tú le traes una novia?

MAN. Lo que se llama una conveniencia.

AMALIO. (Abrazándole con transporte de júbilo) Canario!... Dios te ha inspirado! Ahora digo yo como tú, me alegro, me alegro, me retealegro.

MAN. Sí, eh?

AMALIO. Sí, hijo, sí, cásallo, cásallo al momento, cásallo esta noche si es posible; vete ahora mismo y cásallo en seguida sin decir oste ni moste.

MAN. (Alarmado.) Hombre, tus palabras me llenan de zozobra. ¿Ocurre algo grave que haga necesaria esta precipitación?

AMALIO. Te digo que lo cases inmediatamente si no quieres perder al chico para siempre.

MAN. (Alarmado cada vez más.) Cómo!... ¿acaso me lo tendrá enredado alguna sirena?

AMALIO. Eso... la sirena más simple que ha nacido de madres... una tontuela sin sustancia y sin malicia al parecer.

- MAN. Carape!
- AMALIO. Figúrate si será larga, que me lo trae encalabrinado y hecho un mirlo sin seso. Esta mañana vino á pedirme cuatro mil reales; esta tarde ha venido á pedirme otros diez mil...
- MAN. Demonio!
- AMALIO. Y sabes para qué?
- MAN. (Con gran zozobra.) Dilo, hombre, dilo. ¿Cómo quieres que yo lo adivine?
- AMALIO. Para robar á la sirena, y ponerla casa sin duda. Lo supe cuando ya no tenia remedio.
- MAN. Cáspita! Tienes razon; soy un niño de teta á su lado; en mi tiempo no me hubiera yo atrevido á tanto.— Perdoná que ahora te deje, querido Amalio; volveré así que lo encuentre en casa ó averigüe su paradero.
- AMALIO. Sí, Manuel, sí, no te detengas; vete, búseale, enciérralo en el Saladero, si es preciso, y cásaló mañana mismo si no quieres perderlo como te he dicho.
- MAN. Canario! Seria una desgracia. Perder al mismo tiempo una gran fortuna!... vuelvo, Amalio, vuelvo. ¡Diablo de muchacho!
- AMALIO. Adios, adios, y no dudes que te espero con la mayor impaciencia.

ESCENA XIV.

D. AMALIO, riendo á todo trapo.

Caramba! caramba! caramba! Esto me compensa de todos los sustos que me ha hecho pasar ese demonio de don Pepito. Cuando estaba más descuidado y acariciando la idea de su rapto, zás, viene el padre, me lo casa y me deja libre el campo... Oh! providencia, providencia, providencia.

ESCENA XV.

D. AMALIO y PEPITO, entrando bruscamente y quedándose á la puerta como observando si álguien le sigue.

PEP. Ay! No, no es él... es uno que sube al cuarto segundo.
(Respirando.)

AMALIO. ¡Canario!...

PEP. (Bajando á la escena.) Creí que me habia conocido y que me seguia; pero es uno que sube al cuarto segundo.

AMALIO. Canario!... Usted aquí á esta hora!

PEP. (En actitud desesperada.) Sí señor, aquí me tiene usted; aquí tiene usted al ser más desventurado y más comprometido de la tierra.

AMALIO. ¡Otra te pego! Pues qué le ocurre á usted ahora?

PEP. Señor de Cabeza de... sea usted mi padre en esta ocasion.

AMALIO. No hijo, no, no es necesario: cabalmente tiene usted al suyo en Madrid y acaba de salir de aquí en busca suya. Conque...

PEP. Sí, lo he visto salir hace un momento, le he visto alejarse, he subido en seguida precipitadamente, y al sentir pisadas detrás de mí, he creído que me seguia; pero no, era uno que subia al cuarto segundo.

AMALIO. ¡Canastos! Ya me lo ha dicho usted tres veces.

PEP. Sí señor, y se lo diré á usted mil sin saber lo que me digo. Pero yo necesito que usted sea mi padre en esta ocasion.

AMALIO. (Cargado.) Pero hombre, si tiene usted ahí al suyo que viene á casarlo ¿para qué necesita de mí?...

PEP. Precisamente por eso, señor de... porque viene á casarme... y usted conoce...

AMALIO. Ah!... ¿ya lo sabia usted?

PEP. (Con gran disgusto.) Pues no he de saberlo, si he estado en casa y me ha dicho la patrona. «Su papá de usted ha venido: dice que viene á casarlo, y que le espere

- usted, que vuelve al momento de casa de su apoderado?)»
- AMALIO. Pues bien, entónces vuelve usted á casa y allí encontrará usted á su padre.
- PEP. No señor, no; las circunstancias me obligan á ser un hijo desnaturalizado: yo necesito en estos momentos otro padre, y nadie puede serlo mejor que usted; usted, que sabe que dominado por una pasion...
- AMALIO. Tá!... tá!... tá!... ¡Qué pasion ni qué calabazas, hombre! Las cosas se han de tomar conforme vienen. Papá trae pactado un casamiento de conveniència y es preciso abandonar ese devaneo insustancial.
- PEP. Calle usted, señor de... calle usted; si eso es imposible!... ¡Como no la deje ahora en medio de la calle!
- AMALIO. (Alarmado.) Eh?
- PEP. Pues ahí está lo grave del negocio, que la he sacado esta noche de su casa...
- AMALIO. (Aturdido.) Cómo?...
- PEP. Sí señor, he realizado mi idea...
- AMALIO. (Próximo á desvanecerse ap.) Jesus!...
- PEP. Se la he robado al bárbaro del tutor casi en sus bigotes...
- AMALIO. (Queriendo ir á cerciorarse.) Pero señor, ¿será posible?
- PEP. (Deteniéndole.) No me abandone usted, señor Cabeza de choto...
- AMALIO. Horror!... me llama cabeza de choto!
- PEP. (Conteniéndole.) No me abandone usted en este trance crítico. Yo contaba con usted, para que mañana fuere nuestro padrino de boda; pero ahora cuento con usted para que la tenga guardada y en depósito en su casa...
- AMALIO. (Vivamente sorprendido.) Cómo!... ¿Usted me la trae para que yo...
- PEP. Sí señor; la tengo ahí fuera, acompañada de una doncella, esperando á que usted consienta... Porque al ir á casa y saber la llegada de papá, la dije: «á fin de que no se dude mañana de tu honra, quiero llevarte á ca-

sa de un amigo de confianza, en la cual entrarás cubierta para que nadie, ni él mismo te vea; de este modo no tendrás reparo...

AMALIO. (Alegremente.) Y está ahí?... esperando en la calle?... (Procurando contener su risa.) Jé!... jé!... ¡Canario!... Esto es muy gracioso!... ¡Diablo de travesura!... No estrañe usted que me ria de la travesura!

PEP. No señor, no; riase usted cuanto quiera. ¿Pero me permite usted que la suba y la encomiende á su cuidado?

AMALIO. (Le mira fijamente: rompe á reir de nuevo y dice:) Si señor, sí; vaya usted por ella sin miedo.

PEP. Pero apague usted las luces para que no se abochorne al verse en cosa agena y en presencia de un desconocido.

AMALIO. (Vivamente.) Sí, hombre, sí; vaya usted cuanto ántes: no tenga usted cuidado.

PEP. (Abrazándole varias veces.) Ah, señor de... usted me salva; usted es mi salvador, usted es mi padre; permítame usted que lo abrace.

AMALIO. (Sofocado.) Bien, hombre, bien; vaya usted por ella.

PEP. Allá voy! permítame usted que le dé otro abrazo: usted es mi salvador, usted es mi...

AMALIO. (Desasiéndose.) Bueno, hombre, bueno!

PEP. (Saliendo.) Usted es mi padre.

ESCENA XVI.

D. AMALIO solo, unas veces serio y otras riendo á carcajadas.

Conque al fin me la robó! (Colérico.) Ahora lo comprendo todo: esos infames de criados! Los criados son enemigos pagados, los perturbadores del hogar, los pregoneros de la deshonra! (Riando.) Pero lo que es la providencia! jé! jé! ¡es chistoso! ¡Él mismo me la devuelve! (Con ira.) Oh! la voy á exterminar! (Riando.) Canario! ¡Cuando él caiga en la cuenta, se va á tirar de los pelos! Aquí suben! apagaré las luces! como ella no ha entrado por aquí nunca, desconocerá la casa y yo haré

ademas que desconozca mi voz. (Apaga las luces.)

ESCENA XVII.

DICHO, PEPITO, JULIA, LUISA.

PEP. (Trayendo de la mano á Julia.) ¿Está usted ahí, señor de...

AMALIO. (Vivamente y fingiendo la voz.) Suprima usted el nombre, amigo mio, suprima usted el nombre.

LUISA. (Ap.) Caramba! ¿pues no juraria que este caballero nos trae á casa del amo? Oh, pero no es posible!

PEP. Pues acérquese usted.

JULIA. Ay, amigo mio, tengo miedo de que me dejes sola aquí.

PEP. No, amor mio, no hay por qué temer; este señor es un amigo de confianza: es mi padre, mi segundo padre.

AMALIO. (Ap.) Canario! ¿Pues se tutean!

PEP. ¿No es cierto que es usted mi segundo padre?

AMALIO. Sí, hijo mio, un padre de padre y muy señor mio.

PEP. Pues aquí entrego á usted este pedazo de mi corazon, ó mejor dicho, mi corazon entero.

AMALIO. No, no tengas cuidado; yo daré buena cuenta de tu corazon.

JULIA. Oh! no tardes en volver; cuando no te veo me parece que tengo la noche en el alma.

AMALIO. (Ap.) Miren la mosquita muerta y qué bien se explica ahora! (Remedándola.) Tengo la noche en el alma! Sí, ya te daré yo la noche.

PEP. (Besándola una mano.) No tardo, mi bien, no tardo: quedas en buena compañía y yo voy tranquilo. ¡Adios! (La besa de nuevo.)

AMALIO. (Ap. celoso y sobresaltado.) Ay! Ese ruido! me parece que se besan, estoy por encender un fósforo.

PEP. Papá, te encomiendo mi amor, cuidala como á las niñas de mis ojos. (Se va.)

AMALIO. Sí, hijo, sí. (Ap.) ¡Así pudiera sacarte los ojos! (Momento de silencio.) ¿Se fué? Me parece que le siento bajar las escaleras! (Escuchando.) Sí, ya se ha ido. (Otro momento de pausa.)

JULIA. Y bien, caballero, ¿qué hace usted de mí?

AMALIO. (Fingiendo la voz.) Ahora lo verá usted. (Enciende con un fósforo una bugía y ambas lanzan un grito al reconocer el sitio en que se hallan.)

ESCENA XVIII.

JULIA, LUISA, D. AMALIO.

LUISA. Jesús! (En actitud de huir.)

JULIA. Dios mio! (Id.)

AMALIO. (Interponiéndose.) Quietas ahí!...

LUISA. (Gritando.) Señorito!... Señorito!...

AMALIO. (Yendo á ella con ira.) Calla, ó te estrangulo, infame! ¿Este es el modo que tienes de velar por tu señorita y por mi honra?...

LUISA. (Asustada.) Jesús! señorita, defiéndame usted.

JULIA. Señor mio: recuerde usted que me tiene en depósito y que debe respetarnos.

AMALIO. (Colérico.) En depósito, eh?—Yo te depositaré de hoy en más donde no vuelvas á ver el sol.—¿Este es el modo que tienes de pagar mis beneficios?

JULIA. Sí, ¡buenos beneficios nos de Dios! Convertirme en idiota y en esclava!...

AMALIO. ¿Sabes tú lo que me cuestas, bachillera?

JULIA. No lo sé; pero mañana puede usted presentar la cuenta á mi marido, y se pagará á la vista.

AMALIO. (En tono de mofa.) Sí, eh? En buen hora; entre usted en su habitacion, y tú tambien con ella... (Á Luisa.) y ya verá quién es su marido mañana.

LUISA. (Ap. á Julia.) Ay, señorita. ¡Haber caido de nuevo en esta ratonera!

JULIA. (Con fé.) Entra y no temas, que él vendrá á salvarnos. (Entran y D. Amalio las cierra.)

ESCENA XIX.

D. AMALIO solo.

Sí, fíate en la Virgen! El chico habrá caído en las garras del padre, y ya no debo temer que venga por su depósito. (Se guarda la llave.)

ESCENA XX.

D. AMALIO, PEPITO, que entra de repente.

PEP. Escóndame usted, hombre, escóndame usted, que mi Papá viene detrás.

AMALIO. (En el mayor desaliento.) Canario!... Canario! La Providencia se está burlando de mí! ¡Y yo que creía que este mozo no volvería más!

PEP. (Dando vueltas por todas partes.) Pero qué hace usted, hombre, que no me esconde? Ah!... este cuarto!... (Se esconde en el de D. Amalio.)

AMALIO. Horror!... se entró en mi despacho; ¡y ahora va á oír lo que acaso no sea conveniente!... Cuando no me da hoy un ataque cerebral, no me da nunca.

ESCENA XXI.

D. AMALIO, D. MANUEL.

MAN. Pues señor, no ha vuelto á casa el demonio del chico.

AMALIO (Sin saber lo que dice.) ¿No, eh?

MAN. (Con gran disgusto.) Nada, amigo mio, nada. Y el caso es que lo han visto en compañía y del brazo de una mujer!... De esa sirena de que me hablabas hace poco sin duda.

PEP. (Al paño.) Eh! qué dice?

AMALIO. (Ap. con el mayor miedo.) Adios!... Ahora va á decir todo lo que le he contado!

MAN. Y pensar que ese muchacho se extravía con una suplantación!...

- PEP. (Ap.) Como suripanta?
- AMALIO. (Ap.) Canario!
- MAN. (Continuando.) Cuando la novia que yo le tengo preparada es todo una conveniencia? Una jóven decente y rica.
- AMALIO. (Procurando ponerse en buen lugar.) Poco á poco, Manuel, poco á poco: cuidado que yo no te he dicho que ella sea una suripanta.
- MAN. (Con enojo.) Es igual: tú me has dicho que es una sirena sin vergüenza, y lo mismo dá llamarla sirena que suripanta.
- PEP. (Ap.) Canario!... voy á aplastar á ese señor de Borrego en cuanto pueda.
- AMALIO. (Con cierto calor.) No, Manuel, no; recuerda que yo he dicho... Sirena es una cosa de la mar, y suripanta es otra cosa que...
- MAN. Bien, hombre, bien, ¿qué más da? El caso es que él desperdicia una gran ocasion. Figúrate que se trata de una chica que acaba de perder á su padre en Matanzas; su padre, que era primo segundo mio, Rufo de Castro, el chico más calavera y más desgraciado... Eso sí; se hizo luego muy rico, pero fué desgraciado en ciertos amores que tuvo aquí con cierta dama, de los cuales resultó una niña, que al nacer causó la muerte de su madre.
- AMALIO. (Ap.) Ay Dios mio!
- MAN. Pues bien, como Rufo fué descubierto por sus parientes, que querian vengar en él la desdicha de la pobre víctima, se fué á Cuba dejando á la niña en poder de la nodriza que la criaba, mujer de un jardinero de Carabanchel.
- AMALIO. (En la mayor inquietud.) Ay Dios mio! Tiró el diablo de la manta.
- MAN. El padre murió hace un mes dejando por heredera á su hija; encomendándome en una carta, que me han remitido sus albaceas, el cuidado de buscarla.
- AMALIO. (Ap.) Ay Jesus!

- PEP. (Ap.) Canario! Esto parece una novela!
- MAN. Yo he hecho algunas indagaciones desde el pueblo, y he sabido que los jardineros murieron del cólera de cincuenta y cinco, y que la chica fué prohijada por no sé qué caballerote que la hizo educar en las Salesas.
- PEP. (Ap.) Caramba!... ella es!...
- AMALIO. (Ap. sudando.) Ay! ay!... no sé lo que me pasa.
- MAN. Ahora lo que importa averiguar es el paradero de esa muchacha, heredera de una fortuna de trescientos mil pesos.
- AMALIO. (Ap.) ¡Seis millones!... (Con el mayor estupor.)
- MAN. (Continuando.) Cosa que será muy fácil, porque tú sabrás á dónde han ido á parar las madres de las Salesas, y ellas nos darán razon de una colegiala que ha debido conocerse allí con el nombre de Julia de Castro.
- PEP. (Saliendo.) Julia de Castro!... Ah!... ella es!
- MAN. Eh!... ¿qué es esto?
- AMALIO. (Aplanado.) Ábrete tierra y trágame.

ESCENA XXII.

D. MANUEL, D. AMALIO, PEPITO.

- PEP. Ella es!...
- MAN. Pepito!... ¿qué es esto? tú aquí? De dónde sales ahora?
- AMALIO. (Tembloso.) Me voy á liquidar.
- PEP. De ahí, del despacho del señor de... y al oír todo cuanto usted ha relatado, me he decidido á salir para decirle... no hay que tomarse la molestia de buscar á las madres de las Salesas.
- MAN. Cómo?
- PEP. No señor, no; porque esa jóven á quien usted busca, es ella.
- MAN. (Con extrañeza.) Ella? Y quién es ella?
- PEP. (Agitado de alegría.) Ella!... (Á D. Amalio.) Ya sabe usted! ella!...
- MAN. Ah! tú sabes quién es ella? (Á D. Amalio.)
- AMALIO. (Turbado.) Sí... ella... es ella! segun parece.

- MAN. (Creyendo adivinar.) Ah!... sí... ya sé... la suripanta! (Encolerizado.) ¿Y cómo se atreve usted á querer hacer pasar á una suripanta por una jóven decente, rica y prima suya ademas?
- PEP. Yo le aseguro á usted, papá...
- MAN. (Encolerizado.) Calle usted, señor calavera, calle usted. ¿Qué se propone usted con mantener relaciones con ella?
- PEP. (Con calor.) Yo la amo con buen fin, y quiero casarme con ella.
- MAN. (Irritado.) Con ella!... Con una mujercilla de tres al cuarto!
- PEP. Cómo mujercilla?
- MAN. Si señor, una sirena callejera.—Pregunta quién es á mi amigo don Amalio.
- PEP. (Á D. Amalio.) Vamos á ver, hable usted; ¿qué sabe usted acerca de esa señorita que fué criada en Carabanchel como le dije á usted; educada en las Salesas como le dije á usted, y que acogió en su casa en calidad de tutor el bárbaro á quien se la he robado esta noche, y de cuyo honor he hecho á usted depositario?
- MAN. (Vacilante.) Eh! ¿qué quiere decir todo esto? (Á D. Amalio.) Tú eres el depositario de esa señorita? Eres tapadera de una suripanta, ó poco ménos, segun dices? Entónces cómo se explica...
- PEP. (En son amenazador.) Usted ha dicho á papá que yo amo á una suripanta?
- AMALIO. (Retrocediendo.) Hombre, yo no he dicho...
- PEP. Mándela usted salir al punto: ella dirá quién es; nos contará su vida, nos revelará el nombre de su tutor; iremos á verle, y por él sabremos todo lo que nos interesa.
- MAN. Hombre! bien pensado; tiene razon el chico; si la tienes depositada en tu casa, mándala salir y sabremos...
- AMALIO. (Yendo á abrir.) Ay Dios mio! Ahora me matan!... (Alto abriendo.) Salga usted, señorita, salga usted.

ESCENA XXIII.

DICHOS, JULIA, LUISA.

- LUISA. (Viendo á Pepito.) Ay, señorito, ampárenos usted!
- JULIA. (Á Luisa.) ¿Ves cómo te dije que vendría á salvarnos?
- PEP. (Asombrado.) Á salvarte, mi bien? De qué peligro?
- LUISA. De este pícaro tutor que quiere ponernos en calzas prietas para siempre.
- AMALIO. (Ap. abrumado.) Eh!... se cayó el cielo...
- PEP. ¿Cómo tutor?... (Á D. Amalio.) Usted es el tutor de Julia?
- JULIA. Qué... ¿no lo sabías?
- PEP. (Resuelto.) Conque usted se ha estado burlando de mí?
- AMALIO. (Á D. Manuel.) Manuel, sujeta á ese chico.
- PEP. (Yendo á él.) Lo voy á desollar á usted como á un cabrito, señor de...
- AMALIO. (Amparándose de D. Manuel.) Manuel, sujeta á ese muchacho.
- MAN. Vamos, calma, un poco de prudencia. (Á D. Amalio.) Pero, hombre, ¿qué demonios te proponías con todos estos enredos?
- LUISA. Casarse con la señorita...
- PEP. (Enfurecido.) Casarse con la señorita? No me contengas, Papá: déjame que le arranque el pellejo!
- AMALIO. (Estremecido.) Bárbaro!... ¡Quiere ponerme como á san Bartolomé!
- JULIA. (Interponiéndose.) Oh!... no; perdonado: al cabo ha cuidado de mí desde la infancia y por ello le debo respeto y gratitud.
- PEP. Bueno, eso me contiene: agradezca usted, señor de...
- AMALIO. (Vivamente.) Sí señor, yo agradezcó... y deseó que ustedes sean muy felices... y que... (Á Luisa.) y que tú y Adrian os marcheis de mi casa al momento.
- LUISA. Sí, señor, en eso estamos.
- PEP. Se vendrán con nosotros.
- AMALIO. Pues buenas gangas se lleva!

MAN. (Á Julia.) ¿Conque usted se llama Julia de Castro, y se ha criado usted en Carabanchel y se ha educado en las Salesas?

JULIA. Sí señor.

MAN. Y usted quiere á mi hijo y mi hijo la quiere á usted?

JULIA. Ah! sí señor.

PEP. Con toda el alma.

MAN. Pues bien; yo accedo gustoso á este enlace, y mañana arreglaremos este asunto como Dios manda. Conque...

PEP. Ya estamos aquí de más...

AMALIO. No! (Deteniéndolos.) Un momento. (Adelantándose al público.)

—
Amor, que á cualquiera edad
rinde culto á la belleza,
á la vejez es torpeza,
locura ó barbaridad.
Yo confieso con verdad
que he merecido caer
bajo el crítico poder
de ese genio socarron,
que inspiró á *Plauto*, *Scarron*.
á *Terencio* y á *Molier*.

—
En ellos templó su vena
el autor de este trabajo:
de todos tomó á destajo
por dar calor á la escena.
Que la leccion siempre es buena,
cosa es por demas sabida;
conque aplaudid sin medida,
que si un vicio no destruyen,
estos lances constituyen
la COMEDIA DE LA VIDA.

(Cae el telon.)

FIN DE LA COMEDIA.

segunda cenicienta.
 a peor cuna.
 a choza del almadrerno.
 os patriotas.
 os lazos del vicio.
 os molinos de viento.
 a agenda de Correlargo.
 a cruz de oro.
 a caja del regimiento.
 las sisas de mi mujer.
 Lluven hijos.
 Las dos madres.
 La hija del Rey René.
 Los extremos.
 La frutera de Murillo.
 La cantinera.
 La venganza de Catana.
 La marquesita.
 La novela de la vida.
 La torre de Garan.
 La nave sin piloto.
 Los amigos.
 La judía en el campamento, ó
 Lglorias de Africa.
 Los criados.
 Los caballeros de la niebla.
 La escala de matrimonio.
 La torre de Babel.
 La caza del gallo.
 La desobediencia.
 La buena alhaja.
 La niña mimada.
 Los maridos (refundida.)
 Mi mamá.
 Mal de ojo.
 Mi oso y mi sobrina.
 Martin Zurbano.
 Marta y Maria.
 Madrid en 1818.
 Madrid á vista de pájaro.
 Miel sobre hojuelas.
 Mártires de Polonia.
 Marta!! ó la Emparedada.

Misericordias de aldea.
 Mi mujer y el primo.
 Negro y Blanco.
 Ninguno se entiende, ó un hom-
 bre tímido.
 Nobleza contra nobleza.
 No es todo oro lo que reluce.
 No lo quiero saber.
 Nativa.
 Olimpia.
 Propósito de enmienda.
 Pescar á rio revuelto.
 Por ella y por él.
 Para heridas las de honor, ó el
 desagravio del Cid.
 Por la puerta del jardín.
 Poderoso caballero es D. Dinero.
 Pecados veniales.
 Premio y castigo, ó la conquis-
 ta de Ronda.
 Por una pensión.
 Para dos perdices, dos.
 Prestamos sobre la honra.
 Para mentir las mujeres.
 ¡Que convidó al Coronell...!
 Quien mucho abarca.
 ¡Qué suerte la mía!
 ¿Quién es el autor?
 ¿Quién es el padre?
 Rebeca.
 Ribal y amigo.
 Rosita.
 Su imagen.
 Se salvó el honor.
 Santo y peana.
 San Isidro (*Patron de Madrid.*)
 Sueños de amor y ambicion.
 Sin prueba plena.
 Sobresaltos de un marido.
 Si la mula fuera buena.
 Tales padres, tales hijos.
 Traidor, inconfeso y mártir.

Trabajar por cuenta ajena
 Tod unos.
 Forbellino.
 Unamor á la moda.
 Una conjuración femenina.
 Un dómíne como hay pocos.
 Un pollito en calzas pretas.
 Un huésped del otro mundo.
 Una venganza leal.
 Una coincidencia alfabética.
 Una noche en blanco.
 Uno de tantos.
 Un marido en eusrte.
 Una leccion reservada.
 Un marido s ustulo.
 Una equivocacion.
 Un retrato á quemarropa
 ¡Un Tiberio!
 Un lobo y una raposa.
 Una renta vitalicia.
 Una llave y un sombrero.
 Una mentira inocente.
 Una mujer misteriosa.
 Una leccion de córte.
 Una falta.
 Un paje y un caballero
 Un sí y un no.
 Una lágrima y un beso.
 Una leccion de mundo.
 Una mujer de historia.
 Una herencia completa.
 Un hombre fino.
 Una poetisa y su marido.
 ¡Un regicidal!
 Un marido cogido por los cabe-
 llos.
 Un estudiante novel.
 Un hombre del siglo.
 Un viejo pollo.
 Ver y no ver.
 Zamarrilla, ó los bandidos de la
 Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro
 Armas de buena ley.
 A cual mas feo.
 Ardides y cuchilladas
 Claveyina la Gítana.
 Cupido y marte.
 Cébro y Flora.
 D. Sisenando.
 Doña Mariquita.
 Don Crisanto, ó el Alcalde pro-
 veedor.
 Don Pascual.
 El Bachiller.
 El doctrino.
 El ensayo de una ópera.
 El calesero y la maja.
 El perro del hortelano.
 En cuenta y en Marruecos.
 El leon en la ratonera.
 Enredos de carnaval.
 El delirio (drama lirico.)
 El Postillon de la Rioja (*Música.*)
 El vizconde de Letorieres.
 El mundo de escape.
 El capitán español.
 El corneta.
 El hombre feliz.
 El caballo blanco.
 El colegial.
 El último mono.
 El primer vuelo de un pollo
 Entre Pinto y Valdemoro.
 El magnetismo... ¡animall!
 El cañía de la calle Mayor.
 En las astas del oro.

El mundo nuevo
 El hijo de D. José.
 Entre mi mujer y el primo.
 El noveno mandamiento.
 El juicio final.
 El gorro negro.
 El hijo del Lavapiés.
 El amor por los cabellos.
 El mtndo.
 El Parniso en Madrid.
 El elixir de amor.
 El sueño del pescador.
 Giralda.
 Harry el Diablo.
 Juan Lanas. (*Música.*)
 Jacinto.
 La litera del Oidor.
 La noche de ánimas.
 La familia nerviosa, ó el suegro
 omnibus.
 Las bodas de Juanita. (*Música.*)
 Los dos flamantes.
 La modista.
 La colegiala.
 Los conspiradores.
 La espada de Bernardo.
 La hija de la Providencia.
 La roca ne gra.
 La estátua encantada.
 Los jardines del Buen retiro.
 Loco de amor y en la córte.
 La venta encapada.
 La loca de amor, ó las prisiones
 de Edimburgo.

La Jardinera. (*Música.*)
 La tema de Tetuan.
 La cruz del valle.
 La cruz de los Humeros.
 La Pastora de la Alcarria.
 Los herederos.
 La pupila.
 Los pecados capitales.
 La gitaniilla.
 La artista.
 La casa roja.
 Los piratas.
 La señora del sombrero.
 La mina de oro.
 Mateo y Matea.
 Moreto. (*Música.*)
 Matilde y Malek-Adhel.
 Nadie se muere hasta que Dios
 quiere.
 Nadie toque á la Reina.
 Pedro y Catalina.
 Por sorpresa.
 Por amor al prójimo.
 Peluquero y marqués.
 Pablo y Virginia.
 Retrato y original.
 Tal para cual.
 Un primo.
 Una guerra de familia:
 Un cocinero.
 Un sobrino.
 Un rival del otro mundo.
 Un marido por apuesta.
 Un quinto y un sustituto.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

<i>Albacete.</i>	R. S. Perez	<i>Lucena.</i>	J. B. Cabezas.
<i>Alcala de Henares.</i>	Z. Bermejo.	<i>Lugo.</i>	Viuda de Pujol.
<i>Alcoy.</i>	J. Martí.	<i>Mahon.</i>	P. Vincent.
<i>Alciviras.</i>	R. Muro.	<i>Malaga.</i>	J. G. Taboada y P. de
<i>Alicante.</i>	J. Gossart.		Moya.
<i>Almagro.</i>	A. Vicente Perez.	<i>Manila (Filipinas).</i>	M. P. Mas.
<i>Almeria.</i>	M. Alvarez.	<i>Mataro.</i>	N. Clavell.
<i>Andajar.</i>	A. Casas.	<i>Mondonedo.</i>	Viuda de Belgado.
<i>Antequera.</i>	J. A. de Palma.	<i>Montilla.</i>	D. Santolalla.
<i>Aranjuez.</i>	J. Guillon.	<i>Murcia.</i>	T. Guerra y Herederos
<i>Avila.</i>	S. Lopez.		de Andrion.
<i>Beles.</i>	M. Roman Alvarez.	<i>Ocaña.</i>	V. Calvillo.
<i>Badajoz.</i>	F. Coronado.	<i>Orense.</i>	J. Ramon Perez.
<i>Baeza.</i>	J. R. Segura.	<i>Orihuela.</i>	J. Martinez Alvarez.
<i>Barbastro.</i>	G. Corrales.	<i>Osuna.</i>	V. Montero.
<i>Barcelona.</i>	Viuda de Bartumeus y	<i>Oviedo.</i>	J. Martinez.
	Cerdá.	<i>Palencia.</i>	Peralta y Menendez.
	J. Génova.	<i>Palma de Mallorca.</i>	P. J. Gelabert,
<i>Bejar.</i>	E. Delmas.	<i>Pamplona.</i>	J. Rios.
<i>Bilbao.</i>	T. Arnáiz y A. Hervias.	<i>Pontevedra.</i>	J. Bueta Solla y Comp.
<i>Burgos.</i>	B. Montoya.	<i>Priego (Córdoba.)</i>	J. de la Gámara.
<i>Cabrer.</i>	H. G. Perez.	<i>Puerto de Sta. Maria.</i>	P. A. Rafoso.
<i>Caceres.</i>	Verdugo y Compañia.	<i>Puerto Rico.</i>	J. Mestre, de <i>Mayagüez.</i>
<i>Calatayud.</i>	F. Molina.	<i>Requena.</i>	C. Garcia.
<i>Canarias.</i>	F. Maria Paggi, de Santa	<i>Reus.</i>	J. Prius.
	<i>Cruz de Tenerife.</i>	<i>Rosco.</i>	M. Prádanos.
<i>Carmona.</i>	J. M. Eguiluz.	<i>Ronda.</i>	Viuda de Gutierrez.
<i>Carolina.</i>	E. Torres.	<i>Salamanca.</i>	R. Huebra.
<i>Cartagena.</i>	A. Mellado y Orcajada.	<i>San Fernando.</i>	J. Gay.
<i>Castellon.</i>	J. M. de Soto.	<i>S. Ildefonso (La Granja)</i>	J. Aldrete.
<i>Gastrowaldies.</i>	L. Ocharán.	<i>San Sebastian.</i>	I. de Oña.
<i>Leuta.</i>	M. Garcia de la Torre.	<i>S. Lorenzo. (Eseorial.)</i>	A. Garralda
<i>Ciudad-Real.</i>	P. Acosta.	<i>Santander.</i>	S. Herrero.
<i>Córdoba.</i>	C. Barberini, y M. Garcia	<i>Santiago.</i>	C. Medina.
	Lovera.	<i>Segovia.</i>	B. Escribano.
<i>Coruña.</i>	J. Lago.	<i>Sevilla.</i>	L. M. Salcedo.
<i>Cuenca.</i>	M. Mariana.	<i>Soria.</i>	F. Alvarez y Comp.
<i>Ecija.</i>	J. Guill.	<i>Palavera de la Reina.</i>	F. Perez Rioja.
<i>Feyrol.</i>	N. Taxonera.	<i>Tarazona de Aragon.</i>	A. Sanchez de Castro.
<i>Figueras.</i>	M. Alegret.	<i>Tarragona.</i>	P. Veraton.
<i>Girona.</i>	F. Dorca.	<i>Teruel.</i>	V. Font.
<i>Gijón.</i>	Crespo y Cruz.	<i>Toledo.</i>	F. Baquedano.
<i>Granada.</i>	J. M. Fuensalida y Viuda	<i>Toro.</i>	J. Hernandez.
	ó Hijos de Zamora.	<i>Trujillo.</i>	L. Poblacion.
<i>Guadalajara.</i>	R. Obana.	<i>Tudela.</i>	A. Herranz.
<i>Habana.</i>	N. Ceballos.	<i>Tuy.</i>	M. Izalzu.
<i>Haro.</i>	P. Quintana.	<i>Ubeda.</i>	E. Cruz Hermanos.
<i>Huelva.</i>	J. P. Osorno.	<i>Valencia.</i>	T. Perez.
<i>Huesca.</i>	K. Guillen.		I. Garcia, F. Navarro y
<i>Irun.</i>	R. Martinez.	<i>Valadolid.</i>	Mariana y Sanz.
<i>Jativa.</i>	J. Perez Fluxá.	<i>Vich.</i>	D. Jover y H. de Rodrigz.
<i>Jerez.</i>	F. Alvarez de Sevilla.	<i>Vigo.</i>	Soler, Hermanos.
<i>Leon.</i>	Milon Hermano.	<i>Villanueva y Geltrú.</i>	M. Fernandez Dios.
<i>Lerida.</i>	J. Sol e hijo.	<i>Vitoria.</i>	L. Croas.
<i>Linares.</i>	J. Orellana y Sanchez.	<i>Zalca.</i>	J. Oquendo.
<i>Logroño.</i>	P. Bricba.	<i>Zaragoza.</i>	A. Oguet.
<i>Lorca.</i>	A. Gomez.		V. Fuertes.
			L. Ducassi, J. Comin y
			Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

Librerías de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Jerónimo; de L. LOPEZ, calle del Carmen, y de M. ESCRIBANO, calle del Príncipe.